

CÉSAR LÓPEZ LLERA

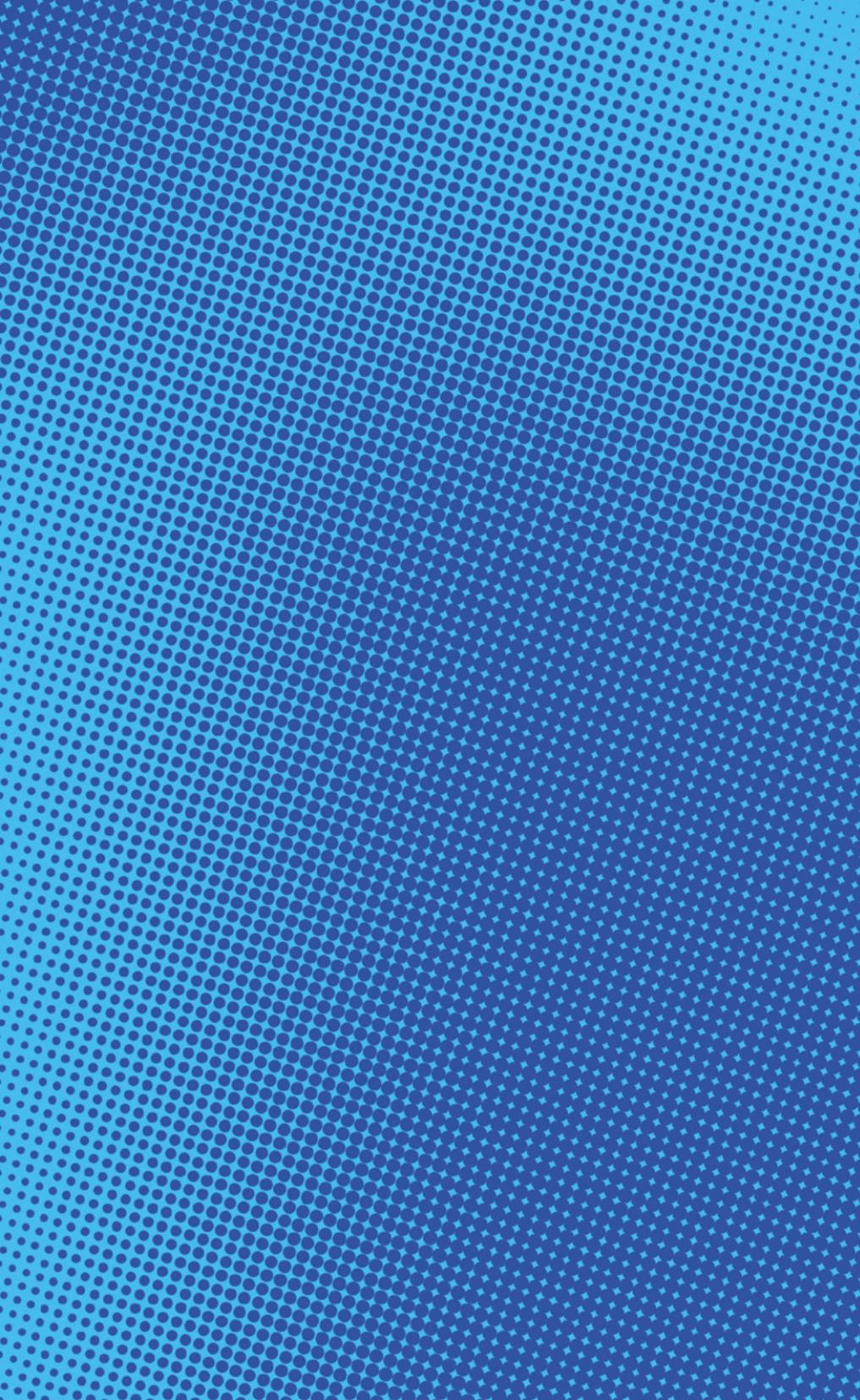
EL VESPINO DE DON QUIJOTE

(FANTASÍA DRAMÁTICA EN TRES FLIPES)

SERIE MONTELUNA

CULTUREBOOKS

TEATRO



CÉSAR LÓPEZ LLERA

EL
VESPINO
DE DON
QUIJOTE

(FANTASÍA DRAMÁTICA EN TRES FLIPES)



PRIMER PREMIO
I CERTAMEN NACIONAL
DE TEXTOS TEATRALES
MONTELUNA



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Cartaya**

Datos Edición

Primera edición en formato Papel: marzo 2007

Primera edición en formato ebook: agosto 2020

© Universidad de Huelva

© César López Llera

Colección: CULTUR**e**BOOKS

Serie: **MONTELUNA** / Nº: 6

Papel: Estucado mate 130 g

Encuadernación: Estucado mate 300 g

Impresión: Impreso en España. *Printed in Spain*

Depósito Legal: H-50-07

ISBN papel: 978-84-18280-34-4

ISBN Ebook: 978-84-18280-82-5

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutivo de delito contra la propiedad intelectual.

QR DE DESCARGA



EBOOK



Citar
el libro



Navegar por
marcadores e
hipervínculos



Realizar
notas y
búsquedas
internas



Volver al índice
pulsando el pie
de la página



Comparte
#LibrosUHU



Únete y
comenta



Novedades a
golpe de clik



Suscríbete
a nuestras
novedades

I Certamen Nacional de Textos Teatrales Monteluna
Jurado compuesto por

D. Francisco José Martínez López,
Excmo. Rector Magnífico de la Universidad de Huelva,
copresidente del Jurado.

D. Juan Antonio Millán Jaldón,
Ilmo. Alcalde-Presidente del Ayuntamiento de Cartaya,
copresidente del Jurado.

D. Juan Luis Carriazo Rubio,
Director de Promoción Cultural de la
Universidad de Huelva.

D. Francisco Angulo Santos,
Director del Área de Cultura del Ilmo.
Ayuntamiento de Cartaya.

D. Marcos Gualda Caballero,
escritor y programador Cultural de la
Excma. Diputación Provincial de Huelva.

D. Daniel Mantero Vázquez,
Técnico de actividades culturales de la
Universidad de Huelva, que actuó como Secretario.

Para Ana, mi Dulcinea, y para Arantza y Aitor,
por aguantar con tanta paciencia
como ilusión mis quijotadas.
Para mi hermana, cuyas risotadas
cuando leía el Quijote me lo acercaron
vivo por primera vez.

DRAMATIS PERSONAE

Juanjo

Natalia

Don Quijote

Cervantes

Penitentes

Angelina

Voces Juveniles

Juana

José

Dulcinea



FLIPE I

(Al son de “Molinos de viento” de Mago de Oz se muestra la sala de un bajo destortalado a pie de calle, a cuya izquierda se encuentra la puerta de acceso flanqueada por dos amplios y enrejados ventanales llenos de geranios reventones y a la derecha tres puertas. Pósteres de estética heavy y grafitis decoran las paredes; en la del fondo, dos bafles cuelgan de redes y en una pantalla se proyectan cuadros, grabados, viñetas de tebeos, secuencias de películas y dibujos animados protagonizados por don Quijote. En paralelo a dicha pared, y separados de ella, dos caballetes sujetan un gran tablero, encima del que se reparten en desorden un flexo, una pantalla y un teclado de ordenador, una impresora, un escáner, un atril, un teléfono, así como montones de revistas, periódicos, papeles y cedés; en el suelo, la torre del ordenador. Dos sillas de oficina con ruedas completan el mobiliario de trabajo. En primer término, un desfasado sillón, una gran mesita baja con cajas de pizzas, latas de cerveza y coca cola, bolsas de patatas fritas, servilletas de papel... y mesa con televisor. Sentada en el sillón, una pareja de veinteañeros come, se abraza y sigue tan juguetona como entusiasmada el ritmo de la canción, contemplando atenta la proyección, que, al finalizar, deja fija alguna imagen quijotesca, que se sustituirá por otras a lo largo del flipé. Él muestra aspecto y moda heavy y ella de pijita ombliginifaldera).

JUANJO: *(Masticando y con un trozo de pizza en la mano derecha, mientras con la izquierda señala a la pantalla. Satisfecho).*
¿Guapo, no? Fijo que nos aprueba. Pintura, grabado, cómic, cine, música... ¡Interdisciplinariedad! Lo antiguo y lo moderno.



¡Arte total! Lo va a flipar, tía. ¿No ves que le privan todas estas paridas de las nuevas tecnologías?

NATALIA: *(Con escepticismo). Fíate. (Profética). Igual lo flipan otros que yo me sé, que tú sólo conoces del Quijote las canciones de Mago de Oz y yo las viñetas de Chiqui de la Fuente que nos agenció mi viejo de cuando estudiaba. Me ha confesado que él tampoco se lo leyó, ¿sabes?*

JUANJO: *(Sin atisbo de preocupación se levanta imitando el ulular del viento y haciendo movimientos con los brazos a manera de aspas de molino). Nos lo camelamos con los molinos de viento, (poniendo los ojos a la virulé) el ojo tuerto y otro no sano de Maritornes, (balando) los rebaños de ovejas, (rimbombante) el bálsamo de Fierabrás, la isla Barataria... (Seguro, mientras se sienta). ¡Cuatro chorraditas más y nos salimos!*

NATALIA: *(Sarcástica). Sí, de clase. Como le pille el día rebotado, salir, nos salimos, pero a estudiar a otro sitio, que Piolín se gasta muy mala leche cuando le vacilan. (Preocupada). La presentación ha quedado un rato guapa, sí, pero después de proyectarla nos preguntará sobre la lectura y ahí nos caemos con todo el equipo.*

JUANJO: *(Sin dejar de comer). Pues nos bajamos algo de Internet. Seguro que el Rincón del Vago nos saca del apuro. (Zumbón). O invocamos a don Quijote. Fijo que se nos presenta en clase con Rocinante, Sancho Panza y el rucio a entretenernos a la peña. Con un poco de suerte hasta los acompaña Dulcinea y se montan un striptease en plan The Full Monty o así. ¿Te hace?*

NATALIA: (*Incorporándose muy harta*). ¡Anda ya! ¡Vete a dormir!

JUANJO: (*Tumbándola encima de él y dándole cariñitos*). ¡Contigo!

NATALIA: (*Rechazándolo entre enervada y molesta*). Déjate de chorradas. Esta vez no nos salva el típico resumencito. Hay que pillar un buen trabajo y empollárselo, que este tío tiene mucho peligro con el Quijote. (*Suspensa*). ¡Si repite trozos enteros de memoria! (*Con risilla cómplice*). ¿No te acuerdas del descojone del otro día cuando se pasó como un cuarto de hora recitando el discurso de una pastora con aquella vocecita de piba que ponía y todo? (*Agitada*). Para mí que anda pinzado de leérselo tanto y paso de líos, ¿vale? (*Instigadora*). Venga, Juanjo.

JUANJO: (*Pasota, mientras va hacia el ordenador, en el que programa “El bálsamo de Fierabrás” de Mago de Oz*). No jodas, Natalia. Ya te vale por hoy. ¿Que no? (*Liándose un peta, que enciende y pasa a la joven tras echarse a su lado en el sillón*). ¡Hala, hala, tronca!, piérdete en la niebla del mago Colocón y no te ralles más.

NATALIA: (*Despreciando la convidada, se va hacia el ordenador un punto rebotada y se lanza a navegar en busca de los tesoros escondidos en la red*). Déjame en paz, anda, déjame en paz, que no ando de humor.

(Tras un rato de plácida fumata colocona, Juanjo se pone de pie en el sillón a acompañar la música de Mago de Oz con su canto y variadas contorsiones de concertista de “guitar air”.

Entregadísimo, recorre la habitación e invita a que se una a su actuación a Natalia, que lo recibe hocicona y con ademanes censores).

NATALIA: (*Subiéndosele el humo a las narices*). Déjate de vaciles, ¿quieres?, que el moro te dará muchos remedios para el tedio, el dolor y el mal humor, pero no para chaparte la Literatura. (*Amenazante*). Y como me mosquees más de la cuenta, y camino llevas, van a darte por retambufa. Presento yo sola el trabajo, chachi que sí, ¡vaya si lo presento! (*Embravecida*). ¿Me has visto cara de pringada o qué? ¿Te creías que me ibas a colar esas cuatro imágenes para que me comiera yo el marrón?

JUANJO: (*Vuelve a ponerse de pie en el sillón con una caja de pizza en la mano izquierda a manera de escudo y el porro y un cuchillo en la derecha. Al acabar la canción*). Oh, tú, Caballero de la Triste Figura, socorre a estos desvalidos. Manifiéstate o creeré que no eres más que el mal sueño de la mente alucinada del viejo Manco de Lepanto.

NATALIA: (*Hasta la coronilla*). ¡Vete a la mierda!

(Se oye el petardeo del tubo de escape descompuesto de un ciclomotor y un tremendo golpe contra la puerta de la calle, que se abre. Al lado de un vespino caído aparece sentado un quijotesco anciano, cubierto con casco de obrero y vestido con chaleco reflectante, chupa de cuero sobre camiseta negra, vaquero ajustado, botas camperas con espuelas, gafas oscuras y cinto de cadenas con pistola y espada. Gran susto).

DON QUIJOTE: (*Quitándose las gafas, que guarda en un bolsillo de su cazadora, mira y señala con sus puños bravíos al cielo. Imprecatorio*). ¡Hideputa bellaco! Mil diablos te lleven a ti, a la madre que te parió y a estos hierros pedorreros y saltarines en los que has transformado a mi fiel Rocinante para menoscabar mi honra y la de toda la andante caballería.

NATALIA: (*Partiéndose de risa al ver al extraño anciano. A Juanjo*). ¿De dónde habrá salido este, tú?

JUANJO: (*Acude a socorrerlo junto a Natalia. Con perplejidad y cara bobalicona, poco a poco contagiada del cachondeo de su novia, mientras se agacha*). ¿Se encuentra bien, abuelo?

DON QUIJOTE: (*Levantándose, empuña la espada y le sacude con ella en la cabeza al desprevenido y desternillado Juanjo, que se desploma*). Hablara yo con más educación si estuviera en tu lugar. ¿Se usa en esta tierra tratar con tan poco respeto a los caballeros andantes, majadero? (*Aparte*). ¡Pues no me llama el muy sandio para burlarse de mí! (*Cierra la puerta para evitar la huida de Natalia, cuyo chacoteo se ha transformado en miedo paralizante, y le coloca la espada en el cuello*). En cuanto a vos, decidme si sois doncella burlada, maga maléfica o sombra del infierno.

DON QUIJOTE: (*Sujetando la espada con las dos manos por el filo, a manera de cruz, mientras Natalia, muy nerviosa, auxilia a Juanjo, que no vuelve en sí. Colérico*). ¡Vade retro! Respondedme, ya seáis cuerpo de mujer, de diablesa, de bruja o de puta.

NATALIA: (*Aprovecha un descuido para arrebatarle la espada y ponerle la punta en la nuez con ánimo de hundírsela hasta*

el colodrillo). Tu madre, so gilipollas. (Tan imperiosa como descompuesta). De rodillas, vamos, de rodillas ahora mismo o le atravesio. (Colocándose a sus espaldas y marcándole reciamente la nuca con la espada). ¡Y con las manos en la cabeza!

DON QUIJOTE: *(Obedeciendo en todo momentáneamente a la joven, hacia la que se gira y levanta imprevistamente los brazos haciendo una cruz con sus dedos índices, mientras la tizona se le hunde peligrosamente bajo la barbilla. Con muy poco fuelle e intimidado al principio, se va creciendo ante la incertidumbre de Natalia y aumenta el volumen de su voz hasta mostrarse como un exorcista soberbio).* Adiuro te, serpens antiquie, per iudicem vivorum et mortuorum, per factorem mundi, qui habet potestatem mitttere te in gehennam, ut ab hac domo festinus discadas.

NATALIA: *(Chillando y reculando ante un don Quijote encendido, que se le encara y avanza de rodillas sin atisbo de miedo). ¿Qué coño dice? Cállese, cállese de una vez, que me pone atacada. (Sujetando temblorosa la espada con las dos manos). Mire que le rebano el cuello. (A su novio inconsciente, gimoteando). Joder, Juanjo, espabila, que este loco nos mata a los dos. Ya verás...*

DON QUIJOTE: *(Que ha seguido su conjuratio sin inmutarse, convencido de expulsar de aquel cuerpo a cien mil enviados de Satán).* Ipse tibi imperat, maledicte diabole, qui ventis ac mari et tempestatibus imperavit.

NATALIA: *(A sí misma).* Esto no puede estarle pasando a mí. *(Pegándole una patada a don Quijote, que no deja de*

avasallarla con su cruz, sus latines y su persecución de rodillas). ¡A callar y a quedarse quietecito!

DON QUIJOTE: (*Envuelto sobre sí mismo en espera de una zurra, pero sin deshacer su cruz protectora. Con voz temblona*). Ipse tibi imperat, qui de supernis coelorum in inferiora térra te demergi praecepit. Ipse tibi imperat, qui te retrorsum abire praecepit.

NATALIA: (*Llorosa*). ¡Y dale con la cantinela! Vaya pesadilla. (*Acercándose a Juanjo, al que da un par de pataditas, sin dejar de vigilar al Andante. Abatida*). ¡Ay, Dios mío! ¿Qué te pasa, Juanjo? ¡Despierta, hombre, despierta!

DON QUIJOTE: (*Mirando y remirando a Natalia de arriba abajo, se arrodilla ante ella con los brazos implorantes en alto*). Pues doncella afligida sois, non temades de mí desaguisado alguno, sino mercedes. Calmad vuestra ira y vuestra pesadumbre, pues no corréis peligro. (*Señalando y mirando a Juanjo, que permanece inconsciente*). Ya habéis visto la presteza con la que derribé al felón que pretendía arrebataros la virginidad tras despojaros de vuestros vestidos. (*Agachando la cabeza y tapándose los ojos con las manos tras desnudar con la mirada a la jovencita minifaldera*). Cubríos presto, que tan menguados ropajes no dicen bien en una muchacha honesta, ni tan lozanas carnes deben mostrarse ante un caballero como yo, cuyos ojos sólo miran a su enamorada.

NATALIA: (*Perpleja y temblorosa, observa a Juanjo, que se despabila, sin quitarle la espada del cuello a don Quijote*). Ni moverse, viejo salido. Y no abra los ojos. (*Se agacha y agita*

a Juanjo, que se sienta en el suelo atolondrado). ¿Estás bien cariño?

DON QUIJOTE: (*Tapándose los oídos con las manos*). Tan sellados quedarán como mis oídos, que rechazan las fermosas palabras con las que me alabáis tanto como me ofendéis. (*Incomodado*). Bien nos previno san Juan Crisóstomo afirmando que el cuerpo de la mujer es fuego. (*Regañón*). ¡Fugite, partes adversae! No hay cariño que valga, pues mi voluntad yace presa de mi señora. Allá os avenid, muchacha, con vuestros deseos; que la que es reina de los míos, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan. (*Echándose hacia atrás y bajando las manos en actitud de entrega al sacrificio. Con gran humildad*). Matadme presto y descuartizadme como las Ménades a Orfeo, a cuya fidelidad a Eurídice iguala la que profeso a mi Princesa. No temo a quienes sólo matan el cuerpo.

JUANJO: (*Irguiéndose y poniéndose al lado de su novia, mientras se toca la cabeza con gestos doloridos. Muy sorprendido. A Natalia*). ¿Pero el figura este de qué va? ¡Vaya cuelgue!

NATALIA: (*Con dubitativa especulación*). De mártir...de masoca....de nada. ¡Yo qué sé! Lo mismo se ha escapado del cotolengo o ha pillado una borrachera. A muchos vejetes no les queda más compañía y consuelo que el vino.

JUANJO: (*A don Quijote, entre interesado y burlón*). ¡Ya nos enseñará con qué se pone!

DON QUIJOTE: (*Que se levanta alborotado, sujetando con*

sus manos la punta de la espada, que Natalia aprieta contra su cuello para intimidarlo. Muy excitado y retándolos con miradas y ademanes fieros). Mentís como bellacos. Que ni santo soy, ni pervertido, ni loco, ni borracho, sino caballero andante al que en las adversidades le bastan (mirando transido al cielo y llevándose las manos al corazón) su fe en el Altísimo y el consuelo y la compañía de sus pensamientos enamorados.

JUANJO: *(Hace señas a Natalia y a don Quijote para que se dirijan al sillón, donde le obligan a sentarse sin perderlo de vista. A Natalia). Fijo que se ha comido alguna rula de su nieto. (Admonitorio a don Quijote). ¿Es que no ha visto los anuncios de televisión avisando de los riesgos de la automedicación y del peligro de las drogas? No vuelva a tomarse nada por su cuenta, y menos de lo que se encuentre por los bolsillos ajenos, que su cuerpo no anda para muchas movidas.*

DON QUIJOTE: *(Entre conminatorio y alucinado). Deberíais mostrar más respeto a los ancianos. Principalmente, a los que sufrimos persecuciones de encantadores, brujas, gigantes, endriagos, fantasmas, demonios y toda suerte de monstruosas criaturas.*

NATALIA: *(Retirándole con mucha precaución la espada del cuello y dejándola encima de la mesita). Eche una cabezadita a ver si se le pasan los efectos de las pastis que se ha metido.*

DON QUIJOTE: *(Se quita el chaleco reflectante y el casco y los deja sobre la mesita. Admirado). ¿Dormir?*

NATALIA: (*Entre convincente y comprensiva*). Sí, dormir. Ya verá como tras una buena sobadita se levanta más aliviado

DON QUIJOTE: (*Sobreecogido*). ¿Acaso ignoráis que el sueño es imagen de la muerte y que de un dormido a un difunto hay poca diferencia? No, que cabecean los que nacieron para el sosiego: los débiles, los impacientes y los necios. (*Ante la atenta mirada de Juanjo y Natalia, que reaccionan acariciando la espada, se levanta, va hasta los ventanales, observa tras ellos y vuelve a sentarse al sillón, a cuyo alrededor pasean ojo avizor sus anfitriones*). Yo nací para velar, para dar rienda suelta a mis pensamientos y para vigilar a los enemigos de la libertad y de la paz.

JUANJO: (*Chungón*). ¡Pues se va a pasar la vida sin pegar ojo, porque esos no descansan! (*Triste*). Se relevan unos a otros para que nunca falten hijoputas de guardia.

NATALIA: (*Quejosa*). Son peor que cucarachas y ratas. ¡Y ya es decir! Para mí que debajo de cada piedra se esconden a miles.

DON QUIJOTE: (*Sermonario*). Ahí atináis. Mientras los buenos, los bienintencionados y los imprudentes se arrojan a los brazos de Morfeo, la milicia del Mal se extiende por el mundo y lo convierte en Campo de Agramante. (*Tranquilizador*). Pero yo lo custodiaré con cien ojos, cual nuevo Argos.

NATALIA: (*Rectificadora y con visajes de complacencia*). Pues si no me equivoco hasta Argos fue vencido por el sueño.

DON QUIJOTE: (*Conteniendo malamente la corajina*). Sí, resabidilla, pero ahí halló su perdición. Mercurio aprovechó su descuido para cortarle la cabeza. (*Meditabundo*). No incurriré yo en su error. Para algo ha de valer el estudio de la historia.

NATALIA: (*Tras dar la callada por respuesta, Natalia y Juanjo, tras el sillón, se intercambian perplejos miradas, gestos y sonrisas, sin dejar de observar a su huésped, que se queda transido*). ¿Le acompañamos entonces a su casa o prefiere que avisemos a algún familiar para que venga a recogerlo?

DON QUIJOTE: (*Volviendo su cuerpo hacia la pareja. Helado*). ¡Hijos de Barrabás! ¿Me negáis esta por mí? (*Sulfurándose*). ¿Acaso no me llamasteis vosotros, perturbando mi reposo eterno, y me obligasteis a regresar del mundo de las sombras para sacaros de las manos de los caldeos?

JUANJO: (*Con mucha retranca*). Hala, tranquilícese y diga que sí. Tan suya como mía, que para eso me paso yo el día currando para apoquinar hasta el último euro del alquiler de este cutreloft. (*A Natalia, con afectada chanza*). Además, cariño, ya que se ha pegado un viaje tan largo, y, seguro que en un vuelo sin escalas desde el más allá, ¡qué menos!

DON QUIJOTE: (*Agradecido*). Al pagar con buenas obras las que recibís os mostráis como mozo discreto y vencedor de uno de los pecados que más llena el Infierno: el desagradecimiento. (*Mirándole fijamente con semblante reprimitorio y entonación sermonaria*). Ese talante os disculpa la socarronería que percibo en vuestro rostro y en vuestras palabras, achacable más a los pocos años y al mucho atrevimiento que a malicia o estupidez.

JUANJO: *(Con amplia sonrisa pacificadora y un tanto bobalicona).* Me alegra que no le parezca mal la coña.

DON QUIJOTE: *(Aconsejador).* Los pechos nobles y generosos no reparan en niñerías, pero no abuses de mi paciencia, que todo se sujeta a unos límites y cuando se exceden los soportables resulta fácil encontrarse lo que no se busca.

JUANJO: *(Con inflexión exculpatoria y paseando nervioso alrededor del sillón).* Ya sabe: a los jóvenes nos tira el buen rollito: marcha, risas, alegría, botellón, copeteo, fumatas, cama, juerga...

DON QUIJOTE: *(Interrumpiéndole con visos melancólicos).* ¡Carpe diem! Me hago cargo. Nada nuevo: música, baile, vino, amor... Pero olvidáis que existen las penas, las lágrimas, el dolor, los desengaños, la quietud, el odio, la muerte... *(Silencio reflexivo, durante el cual los tres se quedan ensimismados. Entre suspiros y no pocas lágrimas se pone de pie y dramatiza con gran sentimiento, mientras Juanjo se sienta en el sillón y Natalia en sus piernas).*

Amor, cuando yo pienso
en el mal que me das, terrible y fuerte, voy
corriendo a la muerte,
pensando así acabar mi mal inmenso;
mas en llegando al paso
que es puerto en este mar de mi tormento,
tanta alegría siento,
que la vida se esfuerza y no le paso.
Así el vivir me mata,
que la muerte me torna a dar la vida.
¡Oh condición no oída
la que conmigo muerte y vida trata!

NATALIA: (*Trágicomica, moqueante y con llanto tan escandaloso como contagioso, que Juanjo no puede evitar. Se abrazan con patetismo compungido*). Coscar no me ha coscado de mucho, pero me ha emocionado ¡Joder!

JUANJO: (*Enjugándose las lágrimas y sonándose la nariz con una servilleta de papel que coge de la mesa, siguiendo en ello a Natalia*). ¡Ya te digo!

DON QUIJOTE: (*Inquisitivo*). ¿Qué dices?

JUANJO: (*Convincente*). ¡Pues eso!

DON QUIJOTE: (*Confuso*). ¿El qué?

NATALIA: (*Aclarativa*). Que ha estado guapo guapo.

DON QUIJOTE: (*Lamentón y aturdido, mientras se lleva las manos a la cabeza*). ¡Ah, pecador de mí!, y cuánto pesan los siglos ausente del mundo, que no entiendo ni una palabra. (*Reconcentrado y con ademanes profesorales*). Con razón se dice que el tiempo introduce nuevos voquibles que enriquecen la lengua, sobre quien tienen poder el vulgo y el uso.

JUANJO: (*Boquiabierto ante la incomunicación*). ¡Lo del poema! (*Muy explicativo*). Que le ha quedado mazo de bien. (Abrazándose a Natalia, que se enjuga unas lagrimillas furtivas y se desmoca). Chafados que nos ha dejado.

DON QUIJOTE: (*Con exceso de sorna y movimientos bufonescos, aprovecha el regocijo para recuperar su espada y ceñírsela tras*



muñequear con ella). Ya te digo. Pues a deschafarse, que no está guapo guapo veros llorar. ¡Y pues eso: que cada quisque diga lo que quisquiese! (Se queda como tonto en vísperas durante un largo rato, durante el cual lanza inopinadamente muchos suspiros y no pocas lágrimas, que desconciertan a sus anfitriones).

NATALIA: (A Juanjo, muy alarmada y en un susurro). Para mí que le patinan las meninges. ¿Tú has visto qué cambios de humor? ¡Andémonos con ojo que, además, entre col y col ha pillado la espada y no sé por qué me da que esa pipa de la que no nos habíamos coscado es de verdad!

JUANJO: (Acercándose solícito a don Quijote. Cariñoso). ¿Podemos ayudarle en algo?

DON QUIJOTE: (Quejoso). En nada. ¡Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño! Para los vencidos el bien se vuelve en mal y el mal en peor. Tan sólo me queda sufrir y callar.

NATALIA: (Tras levantarse apresuradamente y plantarse frente a don Quijote, al que mira curiosa de arriba abajo, mientras Juanjo echa mano a los restos de la pizza. Con gran seguridad). No recuerdo su nombre, pero me suena su cara. Ah, ya sé... Actor, usted ha trabajado en un montón de películas de esas antiguas de caballeros medievales que le gustan a mi abuela. Y en cantidad de españoladas.

DON QUIJOTE: (Boyante y sonriente). Actor, claro que sí. Del drama de la vida. (Señalando a Natalia, a Juanjo). Como tú, como tú. (Tras enmudecer súbitamente se dirige a los espectadores, a los que busca las miradas con tanta

desvergüenza como desafío, mientras en la pantalla del fondo se proyectan primeros planos de los rostros de algunos). ¡Como todos! Representamos lo mejor que podemos el papel que nos toca cada día.

JUANJO: (*Mordaz*). Y como no le gustaba el que le asignaron en el último reparto, decidió hacerse Quijote motorizado, le pilló el vespino a su nieto y se la pegó contra la puerta de mi casa. Fijo que se lo ha escojonado.

DON QUIJOTE: (*Pasea por la habitación, dirigiéndose alternativamente a Natalia, a Juanjo y al público, que sigue apareciendo en pantalla*). Por de contado, la mayoría de las veces el papel ni me gusta, ni se ajusta a mis esperanzas e ilusiones. (*Con irónica resignación*). ¡Qué le vamos a hacer! En eso consiste ser hombre. Poco importa el papel, pues en llegando al fin de la representación a todos les quita la muerte las ropa que los diferenciaba y quedan iguales en la sepultura. (*En su paseo llega de nuevo ante Juanjo, que le invita a un trozo de pizza. Lo acepta y se sienta a comérselo a su lado. Natalia los acompaña. En la pantalla queda fijo un collage quijotil, que se renovará de vez en cuando*). Cabe no resignarse y ser escritor, actor y director de tu propia tragicomedia. ¡Rara vez nos dejan! Por algo ya Epicteto sentenció que elegirla no nos corresponde.

NATALIA: (*A su rollo, muy pensativa*). En la punta de la lengua, tengo su nombre en la punta de la lengua. ¡Anda que no habré visto películas suyas! Usted se llama...

DON QUIJOTE: (*Se levanta del sillón y pasea alterado. Mosqueado*). ¡Cuerpo de tal! Don Quijote de la Mancha,



me llamo don Quijote de la Mancha, y ya me fastidia ese empeño de buscarme parecidos, atribuirme profesiones, abuelarme nietos y echarme jodidas encima. Si jamás preñé a mujer que pariera hijo mío, ¿cómo habría de tener descendientes?

JUANJO: (*Irónico y picarón*). ¡Quién sabe! A lo mejor le nació de algún polvete de los que les echaba a las princesas de los castillos encantados y que se calla para que no se le cele Dulcinea. O de ella, que seguro que se la beneficiaba de vez en cuando en sus escapaditas al Toboso.

NATALIA: (*Muy risueña*). ¡Pedazo actorazo! Borda el papel. Tal que así se imagina una a don Quijote.

DON QUIJOTE: (*Sulfurado empuña la pistola con ambas manos y apunta a Juanjo, al que se le desata de nuevo la risa*). ¡Canalla infame! Pagarás caras las blasfemias que has proferido contra mi señora y mi honor. Jamás engañé a Dulcinea ni menoscabé su honestidad. Ni siquiera la vi en todos los días de mi vida, ni la visité en su palacio, que yo no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Y que yo sepa, mentecato, ni de los amores de oídas ni de los pensamientos enamorados quedó preñada mujer alguna desde que Dios desterró al género humano a este valle de lágrimas, porque para engendrar un semejante no se conocen más métodos hasta ahora que el ayuntamiento carnal o la intervención del Espíritu Santo. (*Se coloca en posición de disparo, momento en el que Natalia, que contempla confundida la escena, se abalanza sobre él, haciendo que yerre el tiro. Juanjo, pálido, reacciona y ayuda a su novia a quitarle el arma y a inmovilizarlo en el suelo*).

JUANJO: (*Dándole un par de puñadas*). ¡Será anormal! (*Turbado*). Podía haberme matado el muy capullo. Ni que yo tuviera la culpa de que la estrecha de Dulcinea lo traiga desesperado.

NATALIA: (*Aturdida*). ¡Ya te digo! (*Regañona*). Pero bien que te reías.

JUANJO: (*Pasmado*). Pensé que era un ful. (*Silencio. Increpante*). También tú le aplaudías la gracia al principio.

DON QUIJOTE: (*Con voz lastimera*). ¿Dónde estás, señora mía, que no te duele mi mal? O no lo sabes, señora, o eres falsa y desleal.

NATALIA: (*Con desprecio e ironía, quitándole la espada y arrojándola lejos*). Vuelve el poeta. ¡Hay que ver con qué rapidez pasa de la violencia a la rima! El caso es hacer llorar al personal con lo que sea: una cuchillada, un balazo o un octosílabo. (*Opresiva y alzando la voz*). ¡Cállese, coño!

JUANJO: (*Denotando tanta desconcierto como compasión*). ¡Cómo se le va la olla, tía! Si da pena... ¡A mí no me jodas que no va ciego de tripis o de algo así! No ves que los médicos les meten cantidad de mierda para las depresiones. Una pastillita de más y se creen Alejandro Magno, el Rey Arturo, el Cid, don Quijote... ¡Lo que haga falta! (*Dudososo*). ¡O estará loco?

NATALIA: (*Admonitoria*). ¡Pena si te llega a acertar, Juanjo! ¡Qué más dará ciego que grillado? El peligro no se lo quita

nadie. (*Se levanta y revuelve en la mesa, donde encuentra un móvil*). Voy a llamar a la policía.

DON QUIJOTE: (*Abatido y gomebundo*). Ya que mi mala Fortuna no me permite castigarte como mereces, quítame la vida pues me has quitado la honra.

JUANJO: (*Convencido*). No seas cabrona, tía. Esto no es más que un mal cuelgue, que te lo digo yo. Un día a Toñete le dio por apedrear un coche porque veía monstruos y otro Marisa se lió a hostias con un pibe al que confundió con Gollum. Es lo que tiene toda esa mierda. (*Autoritario*). Ni se te ocurra avisar a los maderos. (*Implorante*). Además, ¿qué van a hacerle a un anciano?

NATALIA: (*Muy irritada, tira el móvil encima de la mesa y se dirige hacia la puerta de salida. Cáustica*). ¿Hacerle? No, nada. Total... ¡Sólo ha intentado pegarte un tiro, a poco te descalabra y a saber qué me habría pasado a mí si no le hubiera quitado la espada! Tú mismo, chaval. (*Con la puerta abierta y volviéndose*). ¡Ah! No olvides darme un toque cuando te metan en la nevera del depósito de cadáveres. Ya sabes: para llevarte un jersey y que no pilles un catarro. No es plan pasarse toda la eternidad tosiendo y sonándose la nariz, ¿no te parece? Yo me abro. (*Se va dando un portazo*).

JUANJO: (*Se levanta precipitadamente y se dirige a la puerta, desde la que grita con todas sus fuerzas*). ¡Natalia! ¡Natalia, ven aquí! (*Dando un portazo vuelve adentro. Amohinado*). ¡Mierda!

DON QUIJOTE: (*Aprovechando la breve ausencia de Juanjo intenta incorporarse, pero se cae. Suspirando*). ¡Que haya de

verme así por imprudente! (*Desiste del intento de levantarse y se calma. Reflexivo*). Buena verdad es que cada uno es artífice de su ventura, porque si yo hubiera tirado de espada en vez de arriesgarme a usar esa pistola del demonio, ahora celebraría mi victoria en vez de lamentar mi derrota. (*Ante la cercanía de Juanjo, que se aproxima a él, intenta vanamente auparse. De rodillas, amenazándolo con los puños. Voz desafiante*). ¿Acaso no matándome pretendes prolongar mi sufrimiento y mi desgracia?

JUANJO: (*Muy extrañado*). ¿Quitarle yo la vida al mejor caballero de todos los tiempos? (*Con convicción*). ¡Antes me cortaría las venas y las manos! (*Ayudándole a alzarse*). Viva, viva, don Quijote, y sepa que Frestón se ha servido de sus malas artes para adoptar mi figura y mi voz. Cuantos disparates oyó de mi boca no fueron más que engaños de ese antiguo enemigo que le persigue y que no sé por qué me maltrata a mí también.

DON QUIJOTE: (*Con pasos torpes se dirige a los ventanales, desde los que mira al cielo con los brazos abiertos y los puños cerrados. Con voz alterada por la rabia*). ¡Maldito seas por siempre, Frestón, maldito el cabrón de tu padre y maldita la muy hideputa que te cagó! (*Dirigiéndose adonde se encuentra Juanjo. Contrito*). Mira que si te envío al más allá por culpa de ese felón malparido. Nunca me lo hubiera perdonado. (*Abre los brazos y ambos se funden en un estrujón fraterno. Con emoción*). Ven acá y sellemos nuestra amistad para siempre, que la adversidad une con lazos irrompibles y hoy hemos excedido la soportable. Y cuidémosla, que tanto escasea que los amigos se cuentan con los dedos de la mano, y aun sobran tantos, que tullidos conozco que no echan de menos

las manos que les faltan para hacer las cuentas.

JUANJO: (*Desembarazándose del abrazo de don Quijote, le ayuda a llegar hasta el sillón, en el que se sientan a tomarse unas latas de cerveza. Azorado*). ¿Tan escamado se encuentra?

DON QUIJOTE: (*Mirando y remirando la lata de cerveza y asustándose ante el sonido de apertura de la de Juanjo*). Tanto como tú candoroso, (*explicativo*) aunque yo más me tildaría de experimentado.

JUANJO: (*Quitándole la lata a don Quijote y abriéndosela*). ¿No fueron grandes amigos suyos el cura y el barbero?

DON QUIJOTE: (*Bebiendo con complacencia su birra*). Compadres del aburrimiento y bienintencionados metomentodo. (*Despechado*). ¡Mejor se hubieran quedado el uno en su sacristía convenciendo a Sansón Carrasco para que siguiera la carrera eclesiástica y el otro en su negocio rapándole las barbas o cortándole la lengua a ese maldito bachiller de los infiernos!

JUANJO: (*Intrigado*). ¿Y Sancho, qué me dice de Sancho Panza?

DON QUIJOTE: (*Nostálgico*). ¿De Sancho? (*Con invocación embelesada*). ¡Ay, mi buen escudero! (*Empinándose y ejecutando poses y oratoria peripatéticos*). Si el que halla un amigo halla un tesoro, en Sancho da con una mina de diamante, con un filón de oro, con todos los bienes de fortuna. (*Encarándose al público*). No sólo merece el gobierno de una ínsula, como bien demostró, sino la totalidad de

los reinos de la tierra. (*Volviendo ante Juanjo. Franco y enternecidio*). Todos se los entregara yo, y aun mi vida por defenderlo, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merecen.

JUANJO: (*Pasándole su brazo consolador por los hombros a don Quijote, que se ha sentado descorazonado y lloroso*).

¿Y por qué no han de existir más Sanchos, quizá tantos que le falten dedos en las manos y en los pies para contarlos?

DON QUIJOTE: (*Para sí mismo con el rostro iluminado*). ¡Bendita juventud que si de algo recela es de la desconfianza!

JUANJO: (*Alentador y mandón, le invita a zangolotear las posaderas y a inquietar al respetable con miradas escrutadoras desde un primerísimo térmico, mientras en la pantalla del fondo se reproduce un rápido barrido por el patio de butacas*). ¡Abra los ojos y descubra a la buena gente a su alrededor! No falta ni en el Infierno.

DON QUIJOTE: (*Abandonando apresuradamente el primer térmico, recorre la estancia muy atrabilario y parajismo, acompañando sus palabras con carcajadillas sarcásticas*). Habrán ido todos en cruzada a redimir a los condenados y así han dejado el mundo: lleno de aprovechados, crueles, burlones, indiferentes, hipócritas, mentirosos, envidiosos, tontos...

JUANJO: (*Acompañándolo en su frenético deambular. Descolocado*). ¡Tontos?

DON QUIJOTE: (*Parado en el centro escénico y torciendo el*

gesto). ¡Su número es infinito según el Eclesiastés! (*Mudez cogitabunda tras la cual adopta ademanes y dicción de catequista redentor*). El licenciado Pero Pérez sostiene que la tontería es el único pecado que no se perdona. La osadía y la inconsciencia de los tontos los convierte en homicidas involuntarios, pues no sólo pierden su tiempo, sino que lo hacen perder a los demás. (*Pomposo*). Y quien nos quita el tiempo nos quita la vida.

JUANJO: (*Recorriendo amigablemente la escena junto al Caballero de la Triste Figura*). Según eso, quien nos da su tiempo nos da su vida. ¿No se llama generosidad?

DON QUIJOTE: (*Curioseando entre los papeles y objetos del tablero del fondo*). Por supuesto. (*Iniciando el regreso hacia el sillón*). Pero escasean los que lo dan desinteresadamente. (*Deteniéndose*). Los más lo malgastan en compañía por no perderlo en soledad, pero no lo regalan.

JUANJO: (*Mirando cómplicemente al público*). Con esa visión tan desengañada del hombre no me extraña que le escaseen los amigos. ¡Los espanta!

DON QUIJOTE: (*Anidando su nalgatorio en el sillón*). ¿Acaso si te vieras rodeado de enfermos renunciarías a conservar la salud?

JUANJO: (*De pie tras él*). No por cierto.

DON QUIJOTE: (*Inquiridor*). ¿Y el enfermo no aspira a curarse?

JUANJO: (*Sentándose en la mesita baja*). Hasta el final.

DON QUIJOTE: (*Abriendo los brazos*). La esperanza es lo último que se pierde.

JUANJO: (*Alzándose*). ¡Ya ves tú! (*Cariacontecido y dirigiéndose hasta las sillas*). Unas horas antes de morirse, a mi abuelo se le encendían los ojillos hablando de cuando volviera al pueblo a pescar. (*Asentando sus posaderas en una de las sillas y trasladándose en ella al lado del Andante. Con emoción contenida y cambiando la voz*). “Me llevas hasta el puente en la silla de ruedas y verás qué truchas sacamos. Frititas con su jamoncito dentro, tu abuela las prepara que para chuparse los dedos.” Se relamía. (*Con palabras entrecortadas y atribuladas*). ¡Eso, a pesar de dos años sin moverse de la cama y tres sin pisar el pueblo! (*Tras guardar la boca durante unos segundos sedativos*). “Hasta la muerte, todo es vida,” me repetía cada dos por tres.

DON QUIJOTE: (*Muy respetuoso y conmovido por el padecimiento de Juanjo*). Así como tu abuelo llevaba la vida sobre las ansias que disfrutaba de vivir, yo no renuncio a la amistad. (*Admonitorio*). Pero sábete que no se halla por buscarla, ni se consigue por desearla. Ocurre con todo lo grande: la vida, el amor, la salud, la amistad... ¿Basta con desear vivir para vivir? ¿Sales hoy a enamorarte y te enamoras? ¿Sanas de la enfermedad por quererlo?

JUANJO: (*Insolente*). ¿Y por qué no? ¿No se enamoró usted de Dulcinea porque quiso y se transformó en don Quijote porque le dio la gana? (*Se levanta, seguido en el gesto por el buen caballero para tomar su lugar en la silla y ser conducido*



con no poco regocijo hasta donde se encuentra la otra). ¿No ha de bastar con desear vivir para vivir si basta con desear morir para morir? Al menos, mi abuela lo hizo; una semana se llevó con su Choli, que así llamaba ella al abuelo. (*Áspero*). ¡Y hay idiotas que dudan que se muera de amor! (*Con un susurro y como ido*). Se quedó como encantada en su mecedora: se le apagó la voz, se le perdió la mirada, dejó de comer y la palmó. (*Acomodándose a horcajadas en la otra silla frente al Caballero*). Antes de dar la última boqueada va, me clava los ojos y me suelta: “Dile al abuelo que deje de gritar que ya voy.” Así, tal cual. (*Cambiando la silla por el sillón, donde se arrellana muy consternado*). A los pocos días los siguió el Trosqui, su perrillo.

DON QUIJOTE: (*Llorando muy emocionado*). ¡Hoste, puto, si no cojeas del mismo pie que yo y si en los aposentos de tu cabeza no cantan tantos grillos o más que en los míos! (*Radiante y en pie, tras coserse la boca durante unos conmovedores segundos*). Tus palabras me vivifican.

JUANJO: (*Girándose hacia él muy recuperado*). ¡Cómo me gustaría que lo conociera mi profesor de Literatura! Niega que existiera don Quijote. Según él no es más que un personaje del que se sirve Cervantes para vocear lo que él no se atreve a expresar libremente. Escribió sobre eso su tesis doctoral.

DON QUIJOTE: (*Profesoral desde el centro escénico*). Demasiados universitarios malbaratan sus entendederas investigando cosas sin importancia que a nadie interesan. (*Afectando indignación contenida mientras se dirige hacia Juanjo*). Deberían titularlos doctores en Naderías y

asignarles cátedras en las universidades de Plutón antes que permitir que despilfarren las energías de los estudiantes y los dineros de la República. (*Recuperando la serenidad docente y su sitio al lado de su joven confidente*). Para enseñar no sólo se requieren conocimientos suficientes, sino también cualidades para comunicar los necesarios y útiles.

JUANJO: (*Muy persuadido*). ¡Ya le digo! (*Con exceso explicativo y un poco crispado*). Pues ve..., una vez que me atreví a defender ideas semejantes me ordenó callar el profesor, me llamó ignorante y, como protesté, me mandó a Jefatura de Estudios con una amonestación. (*Tras pegar, iracundo, la lengua al paladar no más que lo necesario para no escupir una perdigonada de denuestos*). Un poco más y me expulsan unos días por indisciplinado.

DON QUIJOTE: (*Profético*). Con el tiempo aprenderás que el mundo es enemigo de premiar el talento, el trabajo y la rebeldía. (*Con indignado desconcierto, irguiéndose y extraviando la mirada en el fondo de la sala desde primerísimo término*). ¡Si supieras cuánta gente inteligente hay arrinconada por ahí, cuántas personas virtuosas menospreciadas y la cantidad de indóciles domesticados!

JUANJO: (*Entre dubitativo y vehemente*). ¿De verdad lo cree? (*Con sonrisa y tono jocoso, que evolucionan a rictus de preocupación y vacilación angustiosa al contemplar la seriedad de don Quijote, hasta el que se ha enderezado para buscarle el rostro*). ¿Pues no triunfan los mejor preparados, los más luchadores y los más díscolos e independientes?



DON QUIJOTE: (*Dándole la espalda para evitarle la mirada. Confidencial*). De eso intentarán convencerte los intelectuales, los idealistas y los burgueses frustrados, pero es mentira. (*Virándose hacia él para sacudirlo. Categórico*). Triunfan los que más tienen, los que más pueden, los que más callan y los mejor relacionados. ¡Como siempre!

JUANJO: (*Apesadumbrado*). ¡No me joda!

DON QUIJOTE: (*Volviéndose nuevamente al patio de butacas*). Al bueno le basta con ser honrado y dejar vivir a los demás en paz.

JUANJO: (*Obligándole violentamente a que le mire*). Déjese de monsergas y no me venga con esas ahora que vuelvo a estudiar para entrar en la Universidad después de dos años. ¡Con la de horas que le quito al sueño! (*Aclarativo*). También trabajo, ¿sabe? En una pizzería. (*En plan polvorilla*). ¡Curramos mogollón y nos pagan una mierda! (*Implorante*). Dígame que eso no es verdad.

DON QUIJOTE: (*Misterioso y llevándole a postrar sus rulés en el sitial de las confesiones con golpecitos cariñosos en los hombros*). ¿Qué es la verdad o la mentira? (*Grave*). No hagas caso, amigo Juanjo. Sé sincero contigo mismo y con todos, cree en ti y repítete que sabes quien eres y que puedes ser cuanto quieras si lo deseas y luchas por ello.

JUANJO: (*Cabizbajo y con escaso resuello*). ¡Basta realmente con eso?

DON QUIJOTE: (*Irrefutable*). ¡Quién lo duda?

JUANJO: (*Rencilloso*). ¡Yo lo dudo! ¿Acaso no tengo derecho cuando usted mismo lo dudó hace un momento? (*Rebuscando entre las latas de cerveza alguna sin abrir o con restos*). Nos parecemos a ciegos que se engañan mostrándose el camino unos a otros a sabiendas de que tarde o temprano caerán en una zanja y se partirán la crisma.

DON QUIJOTE: (*Quitándole de las manos la bebida. Concluyente*). Todavía no ha nacido quien coloque cadenas a los deseos del hijo de mi padre y aunque me hayan devuelto a la tierra de los vivos con escasas fuerzas, todas las empeñaré en no consentir que tan presto te rindas a los caprichos de los rompeilusiones que malgobiernan este mundo loco y depravado. (*Amonestándose a sí mismo*). ¡Malhaya para aquellos que quitan el contento a la juventud!

JUANJO: (*Despatarrándose lánguidamente tras liberar un par de dolientes suspiros y encenderse un cigarro*). ¿Es usted psicólogo, filósofo, cura? Dígame, ¿cómo se llama en realidad?

DON QUIJOTE: (*Puesto en pie muy descompuesto y blandiendo la espada*). ¡Oh, maldito seas de Dios, Juanjo! ¡Sesenta mil satanases te lleven a ti y a tu poca fe! (*Yendo y viniendo por todo el escenario con un ataque de nervios que intenta controlar con repullos, patadas al aire, puñadas y codazos a las paredes. A voces*). ¿Cuántas veces he de repetirlo? Caballero soy, caballero morí y caballero he revivido porque así lo ordenó el Altísimo. Mis intenciones siempre las enderezo a buenos fines, que son: hacer bien a todos y mal a ninguno... aunque no sé si no me obligarás a hacer una excepción abriéndote la cabeza en dos como si fuera una sandía para buscarte la

estupidez y quitártela de una vez por todas.

JUANJO: (*Yendo espantado en su busca y ayudándole a guardar la espada en el talabarte*). ¡No, no, ya le vale, don Quijote! Tranquilícese y hágame el bien, que el mal ya se ocupan de hacérme otros, incluido mi padre. Creo, creo todo lo que me dice y le alabo como se merece, pero me sale el vacilón solo.

DON QUIJOTE: (*Gritándole*). ¡Dos veces necio eres entonces!

JUANJO: (*Quebrantado*). ¿Y ahora por qué me insulta? ¿Qué coño he dicho mal? (*Inquiriendo la comprensión de los espectadores*). ¡Quien le entienda que le compre!

DON QUIJOTE: (*Hinchado y guasón*). ¡Una broma, amigo, sólo una broma! Es que según Lope de Vega no hay nadie tan necio que alabe el Quijote y mucho lo ha de ser quien afirma que su padre le hace mal, siendo los hijos, y más los únicos como tú, pedazos del alma de los padres.

JUANJO: (*Apagando en un cenicero de la mesita el cigarrillo, que más se ha comido que fumado. Muy dolido*). Dejemos a mi padre... Algún día le contaré. Y en cuanto a Lope de Vega, ¡menudo gilipollas!, ¿no?

DON QUIJOTE: (*Obnubilado y asiendo a Juanjo por los brazos*). Oye, ¿tú me ayudarías a buscar los huesos de Cervantes?

JUANJO: (*Recuperándose. Campante*). ¡Los huesos de Cervantes...? Chachi que sí. (*Hablándose a sí mismo*). ¡Para fliparlo! (*Petrificado*). ¡Y para qué quiere los huesos de Cervantes?

DON QUIJOTE: (*Llevándolo hasta el primer término, donde lo suelta y se explica totalmente aquijotado*). Para enterrarlos como se merecen. En este país la envidia, la mentira y la desconsideración son tales que a los muertos célebres se les mata, se les remata y se pierden y se destruyen sus restos por miedo a que el día de la resurrección de la carne tornen al mundo a escupir a la cara a más de uno, a molestar con verdades y a hacerles sombra.

(Suena “Loco peligroso” de Viga mientras se hace lentamente el oscuro, en el que se pierden sin prisas seguidos por luces difuminadas don Quijote y Juanjo. TELÓN).



FLIPE II

(Penumbra en la que se entreven malamente algunos de los componentes de la iglesia descrita a continuación. Al fondo, dos celosías conventuales flanquean un minimalista retablo de tres calles, rematadas por arcos conopiales, en las que se exponen obras dalinianas y una de Max Ernst. La del medio, algo más ancha que las laterales, la preside el famoso “Cristo de San Juan de la Cruz.” La de la izquierda, dividida en dos cuerpos, presenta en la parte inferior “La Madona de Port Royal” y en la superior “La tentación de San Antonio.” En la calle de la derecha, en la parte de abajo se contempla “La invención de los monstruos” y en la de arriba la “Santa Cecilia” de Max Ernst. Sobre el retablo se suspenden en el aire tres maniquíes: el del centro, situado más alto que los otros dos, representa a un hombre crucificado impecablemente vestido a la última moda con un traje de marca lleno de móviles, cedés, botellas y sujetadores cosidos. A su derecha, clavado en una media luna, un maniquí con los brazos abiertos cubierto con un burka, y a su izquierda, el de un niño rapero con la misma postura sobre una estrella de David. Otros cuadros de Dalí decoran las paredes laterales: “Reminiscencia arqueológica del ángelus de Millet”, “La ultima cena”, “Santiago el Grande”, “El concilio ecuménico”, “Crucifixión (Corpus Hypercubus).”, “La Anunciación,” “Modelo de un decorado para Laberinto.” Delante del retablo hay un altar de acero inoxidable sin vestir con dos enormes cirios retorcidos a cada lado y en el centro una sencilla cruz elaborada con dos vulgares palos. A sus pies se distingue una tumba con la cruz y las letras del R.I.P de la lápida muy



desdibujadas; en el lado de la izquierda un reclinatorio de tafetán rojo ante un gran huevo confesonario que representa un ojo, en cuya pupila se deja ver un enrejillado. En la pared de la derecha una enorme puerta sirve de acceso a la sacristía. Sobre todo el escenario penden relojes blandos de goma espuma, libros enjaulados, espadas, escudos, cabezas de muñecos y muñecas con coronas de espinas o flores, cálices, candelabros, dragoncillos... Una velada bruma se extiende calmosa por la onírica iglesia, impregnando el teatro de olor a cera, incienso y misterio, mientras nos envuelve el “Pange Lingua” de T.L. de Victoria, que suena desde momentos antes de abrirse el telón. Pedorrera descompasada de dos vespinos, cuyos motores se paran al punto. Ruido de un cristal al romperse. Chirrido de la puerta de la sacristía, que se abre. Aparecen en escena guiados por luces de linternas don Quijote, Juanjo y Natalia cargados con mochilas, que dejan en el suelo. Cada uno de ellos deambula a su antojo por el templo alumbrando partes del mismo hasta ese momento ocultas por la escasa iluminación y la bruma misteriosa. Juanjo y Natalia visten pantalones de camuflaje y camisetas acordes con sus estéticas, heavy y pija, respectivamente, mientras don Quijote lleva pantalón y botas de motorista, un enorme y llamativo cinturón con espada y cartuchera con pistola, camiseta con las imágenes de Sancho y don Quijote de la contraportada del cedé “La leyenda de La Mancha” de Mago de Oz y una bacía en la cabeza).

DON QUIJOTE: (*Enfocando con su linterna cada parte del oratorio y observándolo todo con gran parsimonia e interés*). Con la iglesia hemos dado y si nos asiste la divina Providencia, daremos con los huesos de Miguel de CERVANTES:

NATALIA: (*Explorando el huevo confesonario. Muy zumbona*). O con los nuestros en comisaría como a la que le dé por asistirnos sea a la policía en vez de a la Providencia. (*Aclarativa*). Por destrozos, allanamiento de morada, profanación de tumbas y lo que se tercie. (*Tras salir de la caseta revelapecados y darse de bruces con don Quijote. Vacilante*). Porque me temo que nos esperan muchas sorpresas. (*Algo cortada*). ¿O no?

DON QUIJOTE: (*Enardecido repentinamente*). Tú me harás desesperar, mentecata. (*Conciliador y tomando las manos temblorosas de Natalia, con las que le golpea suavemente la frente*). Ven acá, alma de cántaro: ¿no te he explicado mil veces que para esos peligros basta con frotar los anillos de Gyges que os regalé? (*Escrutando a su alrededor impaciente y dirigiendo su haz luminoso en todas direcciones mientras se aleja de Natalia*). Os harán invisibles a los ojos de cualquiera.

NATALIA: (*Quejumbrosa*). ¡Lo que nos faltaba! ¿También va a sacar a bailar al Señor de los Anillos? (*Con mofa controlada*). ¡Como sigamos así vienen a visitarnos Gollum y los espectros!

JUANJO: (*Que mientras don Quijote abronca a Natalia ha apagado su linterna y se ha acurrucado tras ella sin que se percate. Imitando con movimientos y voz susurrante a Gollum y provocando en la joven un respingo de infarto*). ¡Mi tesoro! ¡Tesoro mío!

DON QUIJOTE: (*Al pie de la tumba, que todavía no ha localizado, girándose hacia Natalia*). ¡Ta, ta, ta! ¿Quién te ha metido a ti en la cabeza a ese Señor de los Anillos y su

compañía, de los que nada he leído?

NATALIA: (*Incrédula*). ¿No ha leído a Tolkien?

DON QUIJOTE: (*Al retornar a su husmeo, se tropieza con el enterramiento, ante el que se arrodilla a leer la lápida*). Me basta con Chrétien de Troyes, que nos contó en *El caballero del León* las historias de los anillos mágicos que Lunete y Laudine proporcionaron a Yvain, hijo del rey Urien. Sus propiedades mágicas las conocía ya Medea, que agasajó con uno a Jasón.

JUANJO: (*Chancero. A Natalia*). ¡Mi tesoro!

NATALIA: (*Vigilando los movimientos de don Quijote*). ¡Córtate!, ¿quieres? Sólo falta que se rebote, nos monte una escandalera, despierte a las monjas y armemos aquí la de Dios es Cristo. Es un momento. (*Señalando hacia donde se encuentra el Caballero*). ¡Ha encontrado algo!

DON QUIJOTE: (*Instructor mientras da una vuelta de rodillas alrededor de la tumba*). Recordad, eso sí, que debéis esconder la piedra en la mano cerrada.

NATALIA: (*A Juanjo, bisbisando y echándole mano al paquete*). La piedra en la mano. ¡Mi tesoro! ¡Como plastilina! ¿Te lo ha encantado Saruman o es que no te ponen las aventuras de los anillos?

JUANJO: (*Abrazándola cariñosamente y apretándose besucones*). Tú me lo desencantas en un momento. Invisible no te hará, pero fijo que te gusta si lo frotamos juntos.

NATALIA: (*Muy bromista antes de confundirse en un beso pausado e intenso*). ¡Guarro!

DON QUIJOTE: (*Que se ha levantado entusiasmado y se ha encaminado hacia ellos. Animoso*). ¡Gozad, gozad del amor todos los días de la fugaz vida que Dios os dé bajo el sol! (*Al público*). Que me maten si no se entregan en cuanto encuentran ocasión. (*Para sí, melancólico*). ¡Insaciable mocedad! (*Separándolos con tonillo más picante que melindroso*). Reportaos, sacrilegos, y mostrad más respeto a la casa de Dios, que cada cosa tiene su momento, su tiempo y su lugar y ahora no es hora de que hagáis cantar al pajarillo. (*Conduciéndolos hasta la tumba*). ¡He aquí la sepultura!

NATALIA: (*Extrañada*). ¿Seguro que lo enterraron aquí?

DON QUIJOTE: (*Convencido*). En la iglesia, no lo dudes.

JUANJO: (*Aclaratorio, mientras tienta las paredes y se conduce con su linterna hasta la puerta de la sacristía, en donde da con el interruptor de la luz, que le permite iluminar la iglesia*). Al arreglar el convento a finales del diecisiete mezclaron los escombros con los huesos de las tumbas. Se la pelaba de quienes fuesen; ellos pillaban y ¡hala, al montón!

NATALIA: (*Recorre la iglesia contemplando con embeleso los cuadros, antes apenas visibles. Con indignación fingida*).

¡Vaya por Dios! (*Irónica*). Y ahora venimos nosotros a estropiciarlo a principios del veintiuno. Como si lo viera.

DON QUIJOTE: (*Apenado e intentando mover la losa con el*

auxilio de Juanjo). Que encontremos el esqueleto de Miguel de Cervantes en este hoyo mortuorio... (Pega el oído al mármol y obliga a sus acompañantes con gestos a no decir tus ni mus durante unos tormentosos instantes. Con tono intrigante)... O nos enfrentemos a una nueva aventura es el misterio que se nos desvelará presto.

NATALIA: *(Con voz temblona, vencida por la curiosidad).*

¿Aventura?

DON QUIJOTE: *(Sacando de una de las mochilas una barra de uña, con la que empieza a levantar la lápida. Hermenéutico).* Con frecuencia les acontece a los caballeros andantes enfrentarse a temibles tumbas de las que salen voces que hacen perder el dominio del cuerpo, el sentido y la memoria. *(Pujando con el rostro enrojecido, visajes doloridos, respiración costosa, sudores y palabras entrecortadas).* Sólo los más puros de corazón y los más esforzados no se amedrentan y se atreven a abrirlas para pelear con el mismísimo Diablo. *(Mirando en demanda de ayuda a Juanjo y a Natalia, que se han quedado anonadados).* Si superan la prueba, en la huesa encuentran armas maravillosas, bálsamos milagrosos, princesas dormidas y paz interior. *(Corto respiro y nuevas miradas petitorias. Persuasivo).* Hay quienes aseguran que desde alguna se accede al templo de los misterios donde se conserva el Santo Grial. *(Descansa un momento y vuelve a la faena, ayudado por Juanjo. Pujos, resoplidos).*

NATALIA: *(Se santigua y se acerca a ayudarlos. Resignada).*

Que sea lo que Dios quiera.

(La lápida deja al descubierto el hueco de la tumba con una

gran polvareda, que les obliga a apartarse. Toses, estornudos, carraspeos. Al remitir la tolvanera los tres miran a su interior entre estupefactos y expectantes).

NATALIA: (Asqueada). ¡Vaya mal rollo, no! ¿Qué tal si lo dejamos?

JUANJO: (Conmocionado y caritemeroso). ¡Qué heavy! Me tiemblan las piernas y todo del canguis, pero de rajarse ahora, ¡ni hablar!

NATALIA: (Con la sangre en los talones). ¡Extremo total!

DON QUIJOTE: (Severo y jadeante). Aunque nos resistamos a morir, somos polvo, sombra, humo, nada. (Dominado por el tufo funerario). Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.

NATALIA: (Mosqueada). ¡Y dale con los latines! ¿Quiere hablar en cristiano?

DON QUIJOTE: (Agachándose a estudiar la manera de meterse en la cárcava). ¿Acaso hay palabras más cristianas que estas? (Con dejé cuaresmal). Recuerda, ¡oh, hombre!, que eres polvo y en polvo te has de volver.

NATALIA: (Molesta). ¡Te cagas!

JUANJO: (Chistoso). ¡Para polvos estamos! ¡Mejor las había dejado en latín! ¡Para lo que dicen!

DON QUIJOTE: (Introduciéndose en la fosa y colocando sin



parar calaveras de distintos tamaños a los pies de Juanjo y de Natalia, que tras los primeros sobresaltos las contemplan inmóviles y agobiados. Con brío, pero voz entrecortada y afanosa, que lucha por imponerse al escabroso crujido de los huesos al ser revueltos). Reparad en este pequeño espacio convertido en pudridero de ambiciones, deseos, proyectos... (Mostrándoles huesos de distintos tamaños, que tira con indolencia al montón). Mirad, mezclados en revoltijo indiferenciado, esqueletos de hombres, mujeres, niños, ancianos. No hay poderoso, rico, famoso o hermosa que se resista ante la Guadañona. Bien nos lo advierte el Eclesiastés: “Vanidad de vanidades todo es vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre de todo por cuanto se afana debajo del sol?”

JUANJO: (*Tomando una calavera entre sus manos*). Da yuyu, ¿verdad, tía? (*La deja encima del altar, donde Natalia le ayuda a colocar otras cuantas, mientras don Quijote saca más*). Si seremos gilipollas complicándonos la vida y complicándonos a los demás para acabar así. Con lo sencillo que resultaría todo si llegáramos a un acuerdo global de respeto mutuo. ¿Te das cuenta? Bastaría con ponerse en lugar del otro y no hacerle lo que no te gustaría que te hicieran a ti.

NATALIA: (*Sin interrumpir el macabro trajín. Cada vez más nerviosa. Acongojada*). ¡Muy fuerte! Si no merece la pena quemarse por tonterías. ¿Qué más dará estudiar poco, mucho o nada, comprarse esto o aquello, engordar un par de kilitos o no acabar un trabajo? (*Muy cáustica, ante la fila de calaveras del altar*). ¡Total! Mira estos...o estas... vete tú a saber si fueron tíos o tías. Ya se lo saben todo y no necesitan

coches, televisiones, móviles, ordenadores ni Internet. Se han quitado de encima la grasa que les sobraba, la que les faltaba, las arrugas, las manchas, las prisas, las neuras, los jefes... ¡Tope desagobiados! No se gastan ni un euro en comida, copas, ropa, cremas, gimnasio... ¡En forma total! ¡Ideal de la muerte! Descansan ya por toda la eternidad. ¿Para qué quieren más? ¡Y encima con el viaje, la estancia y todos los gastos pagados! ¡Superguay!

(Sonido de derrumbe dentro de la tumba, de la que sale una enorme nube de polvo, que envuelve la escena. Gritos. Toses. Calma tensa. Silencio de terror).

DON QUIJOTE: *(Chillando con voz encavada y lamentona).* Guay, sí, pero, ¡guay de mí!, que me he despeñado a los abismos.

JUANJO: *(Agachándose ante la boca de la tumba. Perturbado).* ¿Se encuentra bien?

DON QUIJOTE: *(Solemne desde los abismos).* Me encuentro ciego, perdido y descalabrado, pero dispuesto a luchar con el mismísimo Belcebú si me presenta batalla. No os preocupéis por mí. *(Se oyen tres tiros. Juanjo y Natalia se acoquinan y se abrazan medrosos. Muy agresivo).* ¡Malandrines, fermentida canalla!, me hundiréis el suelo bajo los pies con la ayuda de todos los hijos de Satanás, incluido tú, perverso Merlin, cuyas malas artes padeczo tanto como las de Frestón, pero no me venceréis. *(Más tiros y sonido de entrechoces de espadas. Con risas histéricas y expresión pendenciera).* No ibas a faltar tú, maldito Alifanfarón de la Trapobana, ni tú, cobarde Marsilio de Sansueña. ¡Por mis barbas si no

veo llegar a Dragut, a Falaris, a Busiris! ¡Hasta los gigantes Briareo y Caraculiambro me acometen! Bien sabe Dios que con su ayuda, la de la santísima Virgen y las oraciones de Dulcinea os derrotaré a todos aunque vengáis con alevosía, en cuadrilla y a oscuras.

NATALIA: (*Saca de las mochilas una linterna, la ata a una cuerda y colocándose tumbada al lado de Juanjo, la baja con cuidado al agujero que se ha abierto en la tumba. Gritando*). Ahí le enviamos una linterna y una cuerda. Átese e intentaremos subirlo.

DON QUIJOTE: (*Con afectada alegría sermonaria de orador evangélico*). Mirad, mirad, felones e infieles, cómo las tinieblas pasan y aparecen rayos de luz verdadera pregonando la victoria de la justicia divina sobre los anticristos. (*Embravecido*). ¡Temblad ante los soldados del Reino celestial! ¿Dónde os escondéis? (*Victorioso*). ¿Qué se hizo de la milicia del gran cabrón? ¿Por qué no lanzáis ya lelilíes guerreros? ¿Acaso huís al atisbar señales de Gloria? (*Desafiante*). Non, non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete.

JUANJO: (*Contrariado, mientras se sienta en la boca de la tumba*). Ya le dio el punto otra vez. (*Explicativo*). La única manera de que entre en razón es siguiéndole el rollo.

NATALIA: (*En cuclillas al lado de Juanjo, sin soltar la cuerda*). Pues a ello. (*Suplicante*). Mi señor Don Quijote: si ya descabezó a los gigantes, a los malandrines y desalojó de la faz de la Tierra a todos los espíritus malignos, amárrese la cuerda a la cintura, agárrese y lo subimos.

JUANJO: (*Afectando gran desconsuelo*). No nos cabe el alma en el cuerpo de miedo y necesitamos que nos reconforte.

DON QUIJOTE: (*Sobreprotector*). No temáis, hijos míos, que estos follones se han abismado desesperados y cobardes en los Infiernos, llevándose con ellos las penas, los horrores y la confusión. Estad tranquilos, pues no os tocarán un pelo conmigo aquí.

NATALIA: (*Combinando insolencia y rechifla*). ¡Mira qué suerte!

(Se apagan las luces y resplandece un impresionante relámpago atronador. Gritos de pánico y sorpresa. Tras unos segundos de inquietante silencio y oscuridad absoluta suena la “Antiphona: Dominus dixit ad me Psalmus: Quare fremuerunt gentes” de “In nativitate Domini, ad matutinum, in primo nocturno,” a cuyo son salen de la tumba cuatro penitentes y Cervantes, vestidos con deshilachados y rotos sayales franciscanos. En un primer momento no habrá más luz que la escasa de las velas que llevan, que se irá completando con una morosa e inquietante iluminación. La traza del escritor, que lleva una calavera bajo el brazo izquierdo, que se remata en una mano inútil, y un cirio en la mano derecha, coincide con la que él mismo nos describe en el prólogo de las Novelas ejemplares: “rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata (...) los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas,



y no muy ligero de pies". Deambula torpemente, escoltado por una pareja de penitentes a cada lado, que también porta cirios y calaveras. Tras recorrer la escena con pasos y miradas inexpresivos se colocan tras el altar. Sin perderlos de vista, con un miedo de espanto y no poco esfuerzo, Juanjo y Natalia suben a don Quijote desmayado, aunque, al punto, se recompone y se planta desafiante frente a los Aparecidos, sirviendo de parapeto a los jóvenes, que no se apartan de él).

DON QUIJOTE: *(Con apremio y lanzando desgaires a los intrusos).* Usad, usad los anillos, hijos. Para trances como este me fueron entregados y yo os los legué.

NATALIA: *(Reprochona).* Déjese de bromas, joder.

DON QUIJOTE: *(Intentando sofrenarles el miedo, que lo deja a él sin gota de sangre en el cuerpo ante la impasibilidad de los visitantes).* La piedra en el puño, vamos. En cuestión de segundos desaparecemos.

JUANJO: *(Con fingida indiferencia).* ¡Total! *(Animando con gestos a Natalia a recular hacia la puerta).* No, si desaparecer no sé por qué me da a mí que sí que vamos a desaparecer de una manera o de otra. *(Probando suerte con su anillo e invitando a Natalia a hacer lo propio con el suyo. Escéptico).* Por intentarlo no perdemos nada.

NATALIA: *(Yendo de espaldas hacia la puerta bajo la protección de don Quijote y dándose a todos los perros del mundo).* La vida vamos a perder, Juanjo, por gilipollas. *(Contrita).* ¿Pero quién me daría a mí vela en este desentierro? ¡Si no te hiciera caso!

JUANJO: (*Con chirigota vindictoria*). De momento, don Quijote, en invisibles, lo que se dice en invisibles, me da a mí que no nos hemos transformado.

NATALIA: (*Señalando a los forasteros, que inician un lento acercamiento hacia ellos*). ¡Y esos tampoco!

DON QUIJOTE: (*Cerrándoles las manos en las que llevan los aros salvadores y colocándoselas en sus pechos. Paulino*). ¡Os falta fe!

JUANJO: (*Agresivamente*). ¿Y a usted que le falta? Porque ahí sigue como los demás... (*Patitieso*). Y yo, por lo menos, como una estatua de piedra. No puedo moverme.

DON QUIJOTE: (*Llevándose el puño cerrado de Natalia a su frente. Sibilino*). Los anillos no obran sus efectos si quienes los portan han incurrido en infidelidad.

NATALIA: (*Suspicaz*). ¡No joda! (*Dándole un buen meneo a Juanjo*). Oye, tú, cacho cabrón. A ver... ¡Explícame!

JUANJO: (*Rajando a don Quijote con la mirada*). Te juro que no, Natalia. (*Abrazándola*). ¿Vas a creerte ahora sus chorraditas? ¡Pero si lo flipa! (*Ante don Quijote, desafiante, tras despegarse del suelo*). ¿Y usted, por qué no desaparece usted?

NATALIA: (*Sumándose al reto de su novio con indignación*). ¡Eso digo yo! (*Ofensiva*). ¿Acaso coronó a Dulcinea o es que su amadísima se da festines de carne con toda la peña mientras usted anda recolectando huesos por el mundo sin comerse una astilla?

DON QUIJOTE: (*Apaciguador y cauto ante el avance de los acompañantes de Cervantes*). ¡Ahora me libre Dios del diablo! ¿Qué os parece cuán mal quisto soy de encantadores? (*Con figurería excesiva para prevenirlos del peligro de los sayales andantes*). Mirad hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen que han empleado todos sus saberes y poderes para hechizar los anillos maravillosos.

NATALIA: (*Hastiada de quijotadas*). ¡Ya le vale!

DON QUIJOTE: (*Asombrado*). ¿Valer, qué va a valerme? ¡A mí tampoco! ¡Pues no te he dicho que han perdido su poderío!

JUANJO: (*A Natalia, con una media sonrisa, mientras don Quijote se adelanta a dar la cara ante los convidados de piedra*). ¡No se cosca de nada!

NATALIA: (*Muy seria*). Más de lo que te piensas. **JUANJO:** (*Sorprendido*). ¿Tú crees?

NATALIA: (*Aterrada por los movimientos de los perseguidores subterráneos*). Lo que yo te diga.

PENITENTES: (*Reprensores*). No está bien perturbar el descanso de los muertos revolviendo sus osamentas ni devolverlos al mundo a que se burlen de los vivos. (*Cervantes permanece tras el altar, deja el cirio encima del mismo y tomando la calavera con la mano derecha la alza a manera de ofrenda. Los otros penitentes imitan el gesto y se dirigen hacia don Quijote y los jóvenes, a cuyo alrededor deambulan, poniéndoles ante los ojos los cascós mondos. Con gran autoridad*). Mirad, mirad cómo se desternillan las calaveras. Contemplad sus

mudas carcajadas trágicas de animales risibles a los que los gusanos han devorado los ojos para que no lloren. Nacidos para sufrir, morimos para gozar. (*Cada uno de los cuatro penitentes ocupa una esquina con sus calaveras en posición oferente, mientras Cervantes permanece impasible con la suya en alto. Don Quijote los amenaza uno a uno espada en mano con movimientos de marioneta y Juanjo y Natalia reaccionan blandiendo barras de hierro y escapándose espantados por la puerta de la sacristía sin conseguir que don Quijote los acompañe, a pesar de sus intentos*). Como en la vida hay demasiadas contingencias de la existencia que nos arrancan el llanto, el más allá es un carcajeo eterno. Las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres, pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias. Riamos, pues, riamos todos: vivos, muertos, ánimas en pena, sombras, agonizantes... Hagamos temblar la tierra a maxilares pacientes, a dientes castañeantes, que triunfe por fin la chacota calavérica y disfrutemos de acontecimientos que nos provoquen algazara. (*Escandalosas risas sardónicas. Sacan de bajo los sayales máscaras carnavalescas para cubrirse las caras y fémures con cuerdas, que les sirven para componer con las calaveras unos siniestros instrumentos, que tañen mientras danzan y cantan el "Rascayú" alrededor de don Quijote, mientras Cervantes abandona su estatismo y pasea cansino, contemplando con admiración la iglesia. La iluminación ha ido recuperado desde la primera intervención de los Penitentes la luminosidad existente antes de su aparición, eso sí, con oscilaciones desasosegantes y misteriosas*).

DON QUIJOTE: (*Lanzando desacertadas cuchilladas con movimientos cada vez menos humanos y más muñequiles. Con gran agitación y voz pasada*). Si sois gente endiablada

y descomunal, ¡luchemos!, si farsantes, cesad los embustes, antes que os mate, y si no pasáis de vulgares hijos de puta, marchad presto a reconocer entre la legión de chivos del infierno que dio gusto a vuestras madres a aquellos que os engendraron a escote.

PENITENTES: (Rodeando a don Quijote con las manos extendidas. Con mordacidad inquisitiva). ¿Por qué te afanas en conocer a los demás cuando te desconoces a ti mismo? ¿Seguro que sabes quién eres? ¿O has olvidado que moriste cuerdo como Alonso Quijano y viviste loco como don Quijote? ¿Peregrinas ahora loquicuerdo como fantasma sin nombre, alma sin pena, cuerpo sin gloria o espantajo sin existencia? ¿Para qué reñir? ¿No ves que es necedad pelearse entre sí espectros y sombras de ultratumba? (Deshacen sus siniestros instrumentos y se quitan las máscaras, que guardan bajo los sayales con los fémures. Vuelven a sus esquinas a convertirse en oferentes inertes, que se muestran impasibles ante los gestos provocadores de don Quijote, que, extenuado e impotente, rinde su culo al suelo).

CERVANTES: (*Tras contemplar tranquilo los cuadros, ajeno al alboroto, vuelve al altar, toma su calavera y se acerca a don Quijote, a cuya vera se sienta. Con serena socarronería y un ligero tartamudeo, que mantendrá en todas sus intervenciones*). ¿No buscaba vuestra merced mis restos? (*Se sujetó el cráneo encima de la cabeza, hace un histriónico y reverente ademán de quitárselo como si fuera un sombrero, y lo dejó en el suelo*). Pues aquí me tiene entero y, tan respetuoso, que, en vez de quitarme un sombrero, me desmocho.

DON QUIJOTE: (*Sin mirar a CERVANTES: Malhumorado y con tono despectivo*). ¡Válgame Dios! ¿Pretende que confunda semejante adefesio viejo, manco y tartaja con don Miguel de Cervantes?

CERVANTES: (*Dolido*). ¡Como si hubiera estado en mi mano que el tiempo no pasara por mí! (*Orgulloso y picado*). Miguel de Cervantes me llamo, pero sin don, que el mío me lo arrebató una cigüeña alcaláína al nacer para regalárselo a una campana; desde entonces suena lejos de mí. Tanto como el din, pues me han mandado de paseo sin dinero. (*Imitando el sonido de las campanas con el acompañamiento de sus manos, su cabeza y su cuerpo a manera de badajos chungones, ante el Enamorado Caballero, que tuerce el gesto*). ¡Din, don, din, don, din don! ¿Lo escucha? ¡En el aire, he ahí mi tratamiento, las torres de mi escudo y mis bienes! (*Evocador y recuperando la compostura, al tiempo que se alza y deambula ante don Quijote*). Viejo y pobre morí y siempre mi pico fue algo tardo y adicto a la verdad. (*Elevando su mano lela con la derecha al tiempo que la voz. Muy relamido*). De la mano estropeada me enorgullezco tanto como de la sana. Si con una alcancé el aplauso de Apolo, con la otra merecí el reconocimiento de Marte, pues no me la inutilizaron en ninguna pelea de taberna sino en la batalla de Lepanto, la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. (*Muy jactancioso, perdiendo la mirada en el fondo de la sala*). Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas, al menos, por quienes saben dónde se cobraron. (*Mutismo. Taciturno y con modestia forzada frente a don Quijote*). En cuanto a este sayal franciscano (*tocándoselo*) con él partí a cara descubierta para la vida eterna. (*Molesto y volviendo*

a su paseo desapacible). Quédense con el bizarro Cervantes de las esculturas de bronce los almidonados que no me leen y me ofenden con sus estúpidas coronas de laurel, sus discursos y su ignorancia. (*Expresivamente*). Mi auténtico yo es el viejo, soldado, hidalgo y pobre, que describiera el licenciado Márquez Torres, y mis verdaderos admiradores y amigos, los lectores; muchos menos de los que se declaran como tales y muchos más de los que jamás soñé. (*Con inquieto recogimiento, mientras se apoya en el reclinatorio*). Dios los guarde y a mí me conceda paciencia para soportar las infamias, las necedades y las simplezas que propagan los poetas paniaguados, los relumbrones elocuentes, los iletrados ministeriales y los faltones como vuestra merced.

DON QUIJOTE: (*Levantándose herido en su orgullo y echando mano a la empuñadura de la espada*). Bien dice el refrán que el hábito no hace al monje, pues os mostráis indigno de vestir el que lleváis, que por proceder de San Francisco os obliga a mostráros grave, humilde y respetuoso en vez de socarrón, soberbio e insultante como hacéis ante mí. (*Controlando las ansias de traspasarlo con su acero, pero sin contener el arrebato de acercarse hasta él y agarrarlo por el sayal para solmenarlo con fuerza*). El lugar donde nos encontramos y el respeto que me merecen esos ropajes os libran del castigo por haberme insultado. (*Soltándolo y dándole con desprecio la espalda en primer término*). Idos en buena hora y aprended a guardar la lengua en la boca si no queréis que os la cierre a moquetes.

CERVANTES: (*Al oído de don Quijote. Bravucón*). No será vuestra merced, al que le cuadra el trato de don Tonto que le diera aquel eclesiástico del palacio de los duques.

DON QUIJOTE: (*Apretando iracundo su mano diestra contra la empuñadura de la espada y girándose bruscamente en busca de la mirada de Cervantes, que se dirige tranquilamente hacia el altar desdeñando el peligro, con la complicidad de los Penitentes. siguiendo a su creador, que parece sordo a sus gritos*). Quien no puede recibir afrentas por llevar faldas como mujer tampoco las puede dar, pero os ruego no tentéis más al diablo, no sea que me olvide de las leyes del maldito duelo y os devuelva al otro mundo.

PENITENTES: (*Desafiantes y mordaces*). ¡Y que no pueda motejarlo de hideputa o tildar a su padre de cabrón por ser él mismo quien lo concibiera y lo engendrara!

DON QUIJOTE: (*Mirando y remirando a Cervantes entre incrédulo y decepcionado y buscando una y otra vez en los Penitentes miradas y gestos de aprobación. Con malévolos respeto*). A fe, don Miguel de Cervantes, que, a lo que veo, anda vuestra merced tan roto como yo, con el cerebro no menos amojamado que el mío y tan cambiado que no lo reconocería ni la madre que lo parió.

CERVANTES: (*Colocándose prudentemente tras el altar, donde jueguea con las calaveras, en previsión de la reacción de don Quijote, al que lanza miradas y gestos de desconfianza. Muy afectado y con intención irritante*). Todo lo muda el tiempo. ¿Os reconocería la vuestra? Que me maten si le engaño al decirle que yo, padrastro de las aventuras del Caballero de la Triste Figura, dudo que vuestra merced lo sea, pues más parece una imagen carnavalesca que el ingenioso andante de mis libros.



DON QUIJOTE: (*Solviantado, se dirige increpante a Cervantes, que permanece hierático*). Téngase nuevamente por muerto, pues miente. Sepa, don plumilla, señor poetastro o Archidiablo Miguel que tan don Quijote he resucitado como morí. (*Tocándose el rostro y examinándoselo algo chasqueado en la imagen reflejada en el altar de aluminio*). Algo más flaco, amarillo y con los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro, pero eso se remedía con un par de bienhechoras ollas podridas, un plato a reventar de duelos y quebrantos y una jarra de buen vino de Esquivias, la patria de su esposa y mi señora doña Catalina.

CERVANTES: (*Suspenso*). ¡Por los clavos de Cristo!, ¿desde cuándo gozan de tal apetito los cuerpos gloriosos? (*Con firmeza*). Además, vuestras palabras desmienten lo que afirma, pues hasta los párvulos saben que don Quijote recuperó la razón antes de entregar su alma al Señor, renegó de la caballería andante y murió de melancolía, consciente de ser Alonso Quijano, el Bueno.

DON QUIJOTE: (*Desenvaina furibundo la espada, se dirige a la tumba, ante la que se agacha, y con la ayuda de su tizona saca otra de la sepultura, que tira encima del altar sin conseguir que Cervantes la tome. Desencajado*). ¡Voto a tal! ¿Morir yo de melancolía, miserable? ¡Jamás lo permitiera, que sería tanto como morir desesperado, que es gran pecado y siempre fui buen cristiano! Morí, sí, pero de muerte, sin más. Desde que emprendí la primera salida sabía que me quedaba poco tiempo; por eso me lancé mis últimos días a luchar contra la depravación del mundo.

CERVANTES: (*Exculpatorio*). Conté lo que leí en Cide

Hamete, que cita palabras de Sancho Panza y del médico. (*Ceremonioso*). Lo escrito, escrito está. (*Breve silencio. Guasón*). Además, aunque describiera una falsa muerte, le di con ella verdadera vida, amén de protegerle de malandanzas como las de Avellaneda.

DON QUIJOTE: (*Tan irrefrenable como un jabalí herido*). ¡Valientes autoridades! ¿Desde cuándo merecen credibilidad los testimonios de arábigos autores, villanos y médicos? Unos por infieles, otros por ignorantes y los últimos por perversos no profesan verdad, así los despedacen. (*Colocándole la espada casi en los ojos. Muy ofuscado*). ¡Ah, felón y amigo de embustes, que le voy conociendo! ¿Y si yo propagara que Miguel de Cervantes murió de poeta frustrado, de pobreza, de soledad o de sed? (*Retirándose y volviendo a ofrecerle el arma que dejó antes en el altar*). Pero callen las lenguas y hablen las espadas, a ver si conserva algo de soldado.

CERVANTES: (*Declinando despectivo el desafío*). No veo motivo alguno para chocar aceros cuando quedan palabras con que batirse. (*Aclarativo*). Dos no riñen si uno no quiere, y yo no he de querer. ¡Menos en un recinto sagrado y tras volver al mundo después de tantos siglos ausente de él! (*Con serenidad filosófica y bastante insolencia*). Mire vuestra merced que de esta a la otra vida el salto es grande, yo tengo las rodillas entumecidas, el ánimo poco dispuesto al ejercicio y ninguna gana de volver a encararme con la Muerte, que, en cualquier traje que venga, es espantosa.

DON QUIJOTE: (*Burlonamente y sin dejar de blandir su colada, cuya punta fija en el cuello de Cervantes, que, desafiante y*

sin amedrentarse, la retira con autoridad, sosteniéndole la mirada). Más pendenciero que corito anduvo en su mocedad para acuchillar en la Corte al albañil Antonio de Sigura y huir de la Justicia a Italia. (Despreciativo). ¡Bien podría con él! (Atrevido, al observar que el escritor agacha avergonzado la cabeza y calla. Desamorrándolo). ¿De verdad creyó que ocultaría a la posteridad tal villanía?

CERVANTES: (*Arrepentido*). No hay yerro tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre o quite del todo. Tropiezo de juventud, que peca de imprudente y liviana. (*Enmendándole la plana con dejillo cabreado, tras concomerse y empuñar la espada*). De paseante en Corte ejercía, que no de albañil y a Dios pongo por testigo de que fue por causa justa (*Repreensor, mientras templá la cuchilla*). Y pudo defenderse, que jamás ataqué a hombre desarmado.

DON QUIJOTE: (*Chuscón, con voz aflautada y garambainas de loca caricaturesca*). ¡Ya, ya! Hay quien dice que los bien armados no sólo merecían su respeto, sino también su complacencia. (*Anadeando y con meneos obscenos*). Algo de eso hubo en Argel, donde nada menos que un comisario de la Inquisición lo acusó de cosas viciosas y feas.

CERVANTES: (*Se entrega durante un minuto al silencio, durante el cual domina sus ansias quijoticidas acariciando la vizcaína y apretando su cuerpo. Resignado y poniendo sus ojos en la humilde cruz de madera del altar*). A quien se humilla Dios lo ensalza. (*Enredando con los cascos. Agitado*). ¡En menudo chismoso fía mi biografía! ¡Blanco de Paz!, que mejor lo apodaríamos Negro de Conciencia. Hombre, por

denominarlo de alguna manera, de mal hígado, de peores inclinaciones, murmurador, soberbio. (*Sentencioso*). La lengua maldiciente es como puñal de dos filos, que corta hasta los huesos, o como rayo del cielo, que sin romper la vaina, rompe y desmenuza el acero que cubre.

DON QUIJOTE: (*Aplaudiendo guasón y registrando en su memoria cada palmo del recinto, que se le antoja escenario inevitable de un desafío a muerte. Relamiéndose una medio sonrisilla cínica*). ¡Bien predica vuestra merced, pero poco practica lo que enseña, pues en su conversación más pedradas suelta que palabras! (*Humillante*). ¿Así calumnia a un padre dominico quien alardea de buen cristiano?

CERVANTES: (*Con ánimo injuriante, rostro en proceso de descomposición y agitación descompasada de todo el cuerpo, mientras da vueltas alrededor del altar*). ¡Reverendo de Satanás y émulo de Judas! Lo último que supe de él fue que le impidieron la entrada en el Infierno por no sufrirlo. Cobró el muy miserable un escudo de oro y una jarra de manteca por destapar uno de mis intentos de fuga. Siempre me odió por no incluirlo en el plan de evasión y me difamó cuando supo que recuperaba la libertad antes que él.

DON QUIJOTE: (*Tomando posición en la parte de la iglesia más favorable para recibir el ataque inminente del viejo soldado. Agraviante*). ¡Gran bravura la suya, sí señor! Sólo ataca a débiles e indefensos. En la Mancha a los que así se comportan los llamamos cobardes.

CERVANTES: (*Se crece, se aproxima a don Quijote y se planta ante él, acariciándose pajarero la barba, espada en mano*.

Coñon). A fe mía que en todos los Reinos aclaman como tal a uno que yo conozco que, dándoselas de caballero sin serlo, fue por esos mundos de Dios arremetiendo contra arrieros, frailes o barberos indefensos, por no recordar ridículas embestidas contra molinos de viento, rebaños de ovejas y títeres.

DON QUIJOTE: (*Colocándose en posición de ataque*). ¿Habla de su padre o de alguno de los muchos caballeros que calentaba las camas y las entrepiernas de las Cervantas a cambio de llenarle la bolsa a vuestra merced?

CERVANTES: (*Aceptando por fin la pelea, choca su espada con la de su retador*). Hasta aquí hemos llegado, porque todo lo perdono salvo ofensas a mujeres, niños y desvalidos.
¡Defiéndase, maldito!

(Se tiran todo tipo de golpes de espada: estocadas, mandobles... con tanto coraje como torpeza, pues los años y la falta de práctica les pasan factura. Los penitentes sacan los fémures de bajo sus sayales y se enzarzan con ellos en un paródico baile-pelea de movimientos lentos y guiñolescos).

PENITENTES: (*Sin dejar su lucha danzante. Admonitorios*). Nunca la cólera remediará mal alguno, pues con la voluntad rendida por la violencia no se acierta en los juicios. Y así, al querer enmendar un mal con otro, sólo engendráis resentimiento, venganza y destrucción. La muerte llama a más muerte y nunca se remediará una infamia con otra. ¿Quién os obliga a contestar a los que os provocan? ¿Qué es un agravio? ¿Nunca os enseñaron que los insultos o los golpes no ofenden a los que los reciben sino a los que los

profieren o los dan? Dominaos, no os dejéis arrebatar y huid de toda pendencia. Sólo rindiéndoos a vosotros mismos seréis invencibles. Oh, humana vanagloria, que renace tan pronto como resucita la carne.

(Danzando al son del anónimo “Esturdió” del siglo XVI los Penitentes se meten en la tumba con aspavientos de contrariedad. Don Quijote y Cervantes pelean hasta que se les agotan las fuerzas para sujetar las espadas y, sudorosos, sofocados y exhaustos dan con sus cuerpos en tierra. Se toman unos momentos de descanso sin perderse de vista).

DON QUIJOTE: *(Sentado en el suelo. Con satisfacción).*
¡Juro a Cristo! que hemos reñido como quienes somos y que parece que está del Cielo que no derramemos ni una gota de sangre.

CERVANTES: *(Se levanta, tira la espada a la tumba y se queda contemplando sus profundidades. Asintiendo complacido).*
¡Voto a Dios!, que vuestra merced tiene razón y que no parece de buenos cristianos contradecir los designios divinos.

DON QUIJOTE: *(Se alza del suelo, se ciñe la espada y se coloca frente a Cervantes en la boca del sepulcro acompañándole en su contemplación. Briosamente).* ¡Sería locura! *(Silencio. Dirigiendo su índice derecho al interior de la tumba).* Ahí entré en singular batalla con un ejército de gigantes, infieles, magos, diablos y demás vestigios de los otros mundos.

CERVANTES: *(Cogiendo una calavera del suelo, mirándola jovial y haciendo del ojo con el público, mientras se esfuerza*

por contener la risa que, al final, explota). ¡Gran locura, sí!

DON QUIJOTE: *(Rehuyendo el fogueo de miradas coñonas que intercambia el respetable entre sí y con Cervantes, que se atreve con algún que otro repulلو bufonesco. Muy en su lugar de tragaviroles amoscado).* Mire, don Miguel, que los manchegos somos tan coléricos como honrados y no consentimos cosquillas de nadie.

CERVANTES: *(Esforzándose con moderados resultados en recuperar la circunspección de gloria literaria con la que lo pintan cuadros, grabados y estatuas).* ¡Y hacen muy bien! (Picarón). Aunque las de las mujeres seguro que no sólo las consienten sino que las animan, ¡eh! ¡Que vaya cómo cosquillean las manchegas!

DON QUIJOTE: *(Con tanto desinterés como desgana y rostro ceñudo).* Supongo que como las andaluzas, las catalanas, las vizcaínas o las asturianas.

CERVANTES: *(Buscando el compadreo varonil con miradas y cocos sátiros).* ¡Supongo! ¡Supongo! ¿Cómo que supone?

DON QUIJOTE: *(Incómodo y al borde del enojo).* Supongo, sí, supongo. Por vida de Santiago si miento cuando afirmo que a mí no me cosquillea ni la madre que me parió.

CERVANTES: *(Carialegre y a lo llano).* Pero... ¡por Cristo benditísimo! ¡Ríase un poco mi señor don Quijote, ríase un poco, que bien sabe vuestra merced, persona leída, que una de las definiciones del hombre es decir que es animal risible, porque sólo el hombre se ríe, y no otro ningún animal!



DON QUIJOTE: (*Mirando a lo zaino al respetable y a Cervantes, que aprovecha los despistes del Andante para poner en ejecución un amplio repertorio de figuras y visajes más propios de personaje de la comedia del arte que de un escritor inmortal*). Tampoco ningún otro animal se ríe de sus congéneres más que el hombre y no faltan sabios que aseveran que por la mucha risa se descubre el poco entendimiento.

CERVANTES: (*Dejando a las quijadas descoyuntarse con carcajeo irrefrenable*). Me ha de perdonar, pero se ve que me ha llegado la parte del tiempo para reír que no se me concedió en mi estancia anterior en este valle de lágrimas.

DON QUIJOTE: (*Paseando alrededor de su interlocutor algo alterado. Amonestador*). No empecemos de nuevo, que le veo venir, ni se ría de mí y de mis aventuras con tanta ligereza, porque si poco creíble resulta que yo haya luchado en esta sima, (*vuelve a señalarla y se queda un momento pensativo*) viera a Dulcinea en la cueva de Montesinos o volara en Clavileño para liberar a Antonomasia y a sus dueñas del hechizo, (*elevando los ojos al cielo*) no menos increíble hay que considerar vuestro viaje al Parnaso, del que escribió una crónica y todo... (*clavándose las pupilas*) las charlas de los perros Cipión y Berganza o que el emperador de la China requiriera a vuestra merced para que fuese rector de un colegio donde se leyese mi historia. (*Descansando las asentaderas en el reclinatorio*). ¿Y no habría mucho que hablar del descenso de Ulises al Hades o del de Dante a los Infiernos?

CERVANTES: (*Deja la calavera en el suelo y pasea delante de don Quijote, al que dirige su mirada y sus gestos. Risueño*).



Verdad es que nos sobra casi tanta locura como paciencia, al menos a mí, que aprendí las dos en las adversidades de la guerra, del cautiverio y de las andanzas por estas tierras de Dios. (*Contempla el huevo confesonario, cuya puerta abre para acomodarse en su banco. Con atildamiento*). ¡Y pardiez! que no es menos cierto que lo extraordinario es posible si nos empeñamos en quererlo.

DON QUIJOTE: (*Acompañándose con estentóreas carcajadas. Demencia cuerda, sí señor, o cordura demente. Callada deliberativa. Muy metafísico*). ¿Qué fueron nuestras vidas? De mí sé decir que jamás recuperé el juicio, sin dejar por ello de ser discreto, y que nunca perdí el seso, a pesar de mostrarme trastornado. Si ahora he renacido es para ejemplo de desdichados y para ser blanco y terrero donde tomen la mira las flechas de la mala fortuna.

CERVANTES: (*Pasea muy taciturno y sin despegar los labios durante un rato. Ensimismado*). Yo aspiré a mucho, aunque me contenté con poco, y siendo raro inventor me tuvieron por mal poeta y buen prosista. (*Trayendo a la memoria con mohín retozón*). Vuestro amigo el cura acertó al describirme como más versado en desdichas que en versos. (*Mirando alternativamente a don Quijote y al público. Arrogante*). Si de algo me vanaglorio es de ser famoso por mis obras sin necesidad de andar mendigando alabanzas y de nunca haber puesto los pies por donde caminan la mentira, el fraude y el engaño. Y aunque suene petulante, he de reconocer que en la invención excedí a muchos.

DON QUIJOTE: (*Fisgoneando dentro del huevo de los arrepentidos tras levantarse del reclinorio. Alabador*). ¡Bien

dice!, que no es un hombre más que otro si no hace más que otro y vuestra merced hizo más que nadie con la novela.

CERVANTES: (*Entreabriendo la puerta de la sacristía y cotilleando tras ella. Orgulloso*). ¡Como que fui el primero que noveló en lengua castellana! (*Resentido, mientras cierra la puerta y vuelve al lado de su personaje*). Y también innové en el teatro, aunque no se me reconozca por desobedecer las exigencias de los productores y del desvanecido vulgo, que lo tratan como mercadería vendible. Yo siempre lo respeté como espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres e imagen de la verdad, aunque mi experimentación no se entienda por exceder los límites de lo permitido. Me atreví a reducir las comedias a tres jornadas, fui el primero en representar las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, metí el teatro dentro del teatro, parodié los personajes y los tópicos al uso, ridiculicé las costumbres...

DON QUIJOTE: (*Recogido en el cantaculpas como un padre espiritual. Animoso*). Los entremeses y La Numancia se valoran, alguna que otra obra de vuestra merced se representa de vez en cuando con aplauso, y he oído que Pedro de Urdemales triunfa en Inglaterra.

CERVANTES: (*Acodándose de pie en el reposabrazos del reclinatorio a manera de semipenitente. Grave*). Créame que las comedias tienen días, como algunas mujeres hermosas; y que esto de acertarlas bien va tanto en la ventura como en el ingenio; comedia he visto apedreada en Madrid que la han laureado en Toledo. Así que podría ocurrir que cuando menos lo piense se me ensalce como dramaturgo y se me

pisotear como novelista.

DON QUIJOTE: (*Ojiañorante*). Con razón me recordó alguna vez Sancho Panza que la Fortuna es mujer borracha y antojadiza, y, sobre todo, ciega, que no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba, ni a quien ensalza. (*Curioso*). Pero, venga acá vuestra merced y dígame: ¿siempre escribió lo que quiso?

CERVANTES: (*Irguiéndose impaciente y apologetico*). ¡Siempre! Mi pluma no obedeció más que a mi gusto y a mi ingenio. Sólo cortándome la lengua y las manos dejaría de hablar y escribir, y aun entonces daría voces desde las entrañas de la tierra.

DON QUIJOTE: (*Con gran contento*). ¡Oh, hideputa y con cuánta razón habla!

CERVANTES: (*Halagado*). Con todo el peso de mi eternidad a cuestas y la experiencia de siglos, sigo dudando que haya quien ponga rienda a los deseos.

DON QUIJOTE: (*Alzando las posaderas del oviperdonatorio. Circunspecto*). ¿No nos perturba la misma locura, don Miguel?

CERVANTES: (Satisficho). *La misma, don Quijote, la misma, sin duda, pues ambos intentamos ser lo que quisimos ser, a pesar de la befa que no pocos hicieron de nosotros.* (*Impetuoso*). ¡Y a fe mía que lo conseguimos! (*Con cierto desengaño*). Al menos, a rachas.

DON QUIJOTE: (*Con evocación mustia*). Vivimos felices a ratos, pues a juicio de Erasmo la primera condición de la felicidad consiste en ser cada uno lo que quiere ser.

CERVANTES: (*Lánguido*). Tanto como pudimos.

DON QUIJOTE: (*Apagado*). O tan poco como nos dejaron.

(*Al son de “Gasagemonos de huzia” de Juan del Enzina salen danzando de la tumba las parejas de Penitentes. Rodean a Cervantes, que, algo mohino y tardo, se suma al baile y los sigue. Recupera su calavera y con pantomimas de malestar de sus acompañantes, se vuelve sin dejar de brincar a don Quijote y se la entrega*).

DON QUIJOTE: (*Desamparado*). ¿Así va a irse vuestra merced, sin más ni más?

CERVANTES: (*Abrazándose al hidalgo manchego*). Igual que vine. Tan ligera es mi carga que carezco de maleta.

DON QUIJOTE: (*Apretándose contra su creador. Suspirón*). Disfrutad de Dios.

CERVANTES: (*Separándose lloroso de su criatura*). Que Él os proteja.

(*Cervantes y sus seguidores desaparecen bailoteando sepultura abajo. Don Quijote se anima a acompañarlos con la calavera de su creador entre las manos, pero, finalmente, se arrepiente, y se queda de rodillas al pie de la sepultura quitándose las lagrimillas con melancolía. TELÓN*).



FLIPE III

(Es de noche. El mismo aposento del “Fipe I.” La iluminación se reduce a los resoldos de una farola callejera que entran por los ventanales, la que se derrama misteriosa por puntos sobre la calavera de Cervantes y una espada, que reposan en la mesa, y los destellos del televisor, ante el que ronca en el sillón don Quijote, maltapado con una manta de cuadros. Luce zapatos de hebilla ancha, calzas atacadas, ropilla muy corta y apretada con mangas sobre jubón, también muy ajustado, todo ello de colores vivos; sobre el cuello, amplia gorguera, bajo la cual reluce un moderno collar de grandes eslabones del que pende una reconocible figura de su escuálido Rocinante. La tele vomita imágenes de películas porno, anuncios lúbricos, e importuna al vecindario con el volumen a tope. Suspiros entrecortados, interjecciones gozosas, griterío hiperbólico, bramas placenteras y diálogos antidramáticos de copuladores impenitentes del tipo: “Sí, sí, así, así.” “¡Oh! ¡Oh!” “¡Ah!¡Ah!” “¡Cómo me gusta!” “Mmm”. “Más, dame más”. “Estoy solita y desesperada. No sé qué hacer. ¡Llámame!” “Mírame, ¿te gusto? ¿A qué esperas? ¡Ven a verme!” “Me aburro y por eso me distraigo con mis amigas. ¡Atrévete a jugar con nosotras a los médicos”. De la calle llega el murmullo de una tropa de botelleros que se aplica en sus libaciones frente a los ventanales. Palotazos en el techo con el mango de una escoba, ladridos discontinuos de caniches y voz ajumada y ronca de Angelina, su dueña: “¡A ver esa televisión!” Luz suave sobre El Caballero de la Triste Figura, que rezonga remolón, se rebulle y se cae al suelo, donde se



queda un buen rato papando moscas ante las imágenes de folleteo descomedido).

DON QUIJOTE: (*Poniéndose en pie con esguinces de cuerpo y rostro, resaltados por una iluminación inquietante. A voces, entre ruborizado y encrespado*). ¡Teneos, cuerpo de tal! ¡Teneos, fornicadores, perdidas, que nadie en su sano juicio se abandona al refocilo así, a las claras, delante de la gente, como puercos y puercas verriondos! ¡No advertís que vuestros ejercicios deshonestos revuelven a los descuidados los malos pensamientos? ¡Cesad, cesad ya tal desparrame de semen!

(Arrecia la somanta de palos al suelo inocente. Ladridos histéricos de los canes).

ANGELINA: (*Invisible desde el piso de arriba*). ¡Guarro, asqueroso! ¡Y a sus años! ¡Qué vergüenza!

DON QUIJOTE: (*Cerrando los ojos cabizbajo y cruzando los brazos contra el pecho con inflexión quejumbrosa*). ¡Socorredme, Dulcinea, para no perecer ante la tentación, pues hasta en los corazones más esforzados la carencia alimenta los apetitos no santos! (*Mirando a hurtadillas y castigándose con coscorrones, capirotazos y topetazos*). Cuestiono que sea bueno para el hombre no tocar mujer, pero también que lo sea tocarla en exceso... (*desojándose*) ¡y de tantas maneras y posturas distintas! No, esto no es gusto justo, sino perverso. ¡Pardiez si amén de beberse el aliento de las muchachuelas no se las comen enteras y hacen sin descanso lo que más deleite les da! ¡Hoste putos, vaya meneos! ¡Extremo extremo!

ANGELINA: (*Esculcando tras los cristales de los ventanales, en los que pica con los nudillos. Despepitándose con su lengua borrachina*). ¡Pervertido! ¡Cascajo asqueroso!

(*Algarabía juvenil la jalea con griterío azuzón y festivo. Trompadas en los cristales y en la puerta. Crece la escandalera perruna*).

VOZ JUVENIL I: (*Con pasmo farisaico*). Ahí, ahí, diga que sí, señora. ¿Adónde vamos a llegar? Los viejos ya no tienen educación ni respeto por nadie.

DON QUIJOTE: (*Sordo a la bulla exterior y con el corazón apretado*). ¡Malhaya la debilidad de la carne que sacude hasta a los más honestos caballeros! (*Con un tono quejoso poco convincente, un tanto ceremonioso y demasiado acelerado, que recuerda al del penitente no convencido que recita las oraciones reparadoras más por obligación que por devoción*). No me desampares, mi dulce enemiga, no me desampares, que me pierdo.

ANGELINA: (*Rabiada*). ¡Ahora mismo aviso a los guardias si no quita esas guarrerías! ¿Aguantarlas yo? ¡A santo de qué! ¡Lo que me faltaba!

(*Ajeno a la movida callejera, don Quijote pega con descaro sus ojos al televisor, mientras manipula con impericia y nerviosismo el mando a distancia que ha tomado de la mesa, provocando el encendido de la pantalla del fondo, donde se exhibe un pase de modelos de ropa interior femenina*).

VOZ JUVENIL II: (*Haciendo chufa de la gazmoñería*). ¡Vaya ejemplo para la juventud! Con Franco no pasaba esto. Ni

con Flipe González, ni con Bigotín. La culpa es del Zapatero.

VOZ JUVENIL III: *(Con retintín estimulante)*. Eso, eso, que nos lo cambien por un camarero. ¡A que sí? En vez de subir las pensiones, bajaría las copas. Pero, mire, no se queme, abuela. Si se le ha acabado el bebercio, nosotros la invitamos.

DON QUIJOTE: *(Que no ha dejado de brincar muy apurado de la televisión a la pantalla y de esta a la televisión. Tan confundido como violentado ante las maniquíes en paños menores, se santigua y pone cara de suponerse más merecedor de entrar en el segundo círculo del Infierno que de regresar al Paraíso)*. ¡No tiene el diablo qué desechar en este aposento encantado! ¡Mal, muy mal anda el mundo para que las mujeres exhiban sus artes amatorias en esa caja infernal y se expongan despelotadas como en los mercados de esclavas de Berbería!

ANGELINA: *(Muy, pero que muy tronada)*. Idos a la mierda, ¿queréis? ¡A molestar y a reíros de vuestras madres, gilipollas! *(Ruido de pedradas)*. Drogadictos, sinvergüenzas, maleducados.

VOZ JUVENIL II: *(Con un nudo en la garganta)*. A correr, tíos, que nos da.

VOZ JUVENIL III: *(En la lejanía y soltando el trapo)*. ¡Pedazo colocón, colega!

ANGELINA: *(Bramando)*. ¡Maricones! ¡Desgraciados!

DON QUIJOTE: (*Encandilado ante la pasarela de las maravillas*). ¡Malditas Herodías del Infierno, qué galanas y compuestas! ¡Estas sí, cuerpo del mundo, presumen con razón de figuras hermosas, apacibles y relucientes! ¡Hideputas, y cómo se contonean! ¡Qué cuerpos! ¡Vota a tal! ¡Y qué teticas y culicos! (*Flotante luz violeta crece en torno al Caballero, que, sereno, cabriolea y zapatea ridículamente al son de una chacona. Las pantallas se han apagado y tras los ventanales la iluminación cambia para insinuar la sombra distante de Angelina que, descompuesta, se desgañita sin obtener respuesta alguna a sus gritos y puñetazos mudos a los cristales. Resulta evidente que los sentidos de don Quijote no reciben en esos momentos ningún mensaje de lo que ocurre a su alrededor. Patético*). ¡Bailaremos un rato, no más que un bailecito, porque a ninguna otra cosa se doblegará mi voluntad! ¡Perdonádmelo, Dulcinea!

(*Mientras don Quijote se afana en tejer todo tipo de contorsiones y figuras de danza se abre la puerta de la calle y asoman por ella Natalia, emperifollada de pijita kitsch, y Juanjo, ataviado de heavy siniestrón. Al entrar, Natalia acciona el interruptor de la habitación, que se ilumina plenamente, mientras vuelven las imágenes y el sonido a la televisión y a la pantalla del fondo. Al punto los siguen los perrillos bulliciosos y su dueña, dispuestos a montarla. La buena señora bambolea con dificultad sus jamones septuagenarios, su espetera desperdigada, sus frustraciones y su papalina hasta que los canes se le enredan en los pies y se cae*).

ANGELINA: (*Recogiendo y acariciando a los animalillos cojoneros sobre su regazo derribado. Protectora*). ¡Escandalizar a estas inocentes! (*Melosamente*). Callad, bonitas, callad,

que mamá le dará su merecido.

DON QUIJOTE: (*Sentándose muy cansado cara al público en primerísimo término. Un tanto azorado y descompuesto*). Dejadme en mi sosiego, pensamientos mal avenidos, y, vosotras, desvergonzadas, conteneos y cubrid vuestras vergüenzas, pues de las cosas obscenas y torpes, los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos.

(*Tras la turbación inicial, Natalia se apresta a amparar a la anciana, a la que conduce hasta el sillón, donde remata aspaventosa su sofoquina. Juanjo, disgustado, apaga los aparatos y se queda a la expectativa tras don Quijote, que se tapa la cara con sus manos y solloza. Los chuchos jueganean entre ellos muy vivarachos, corretean, olfatean y mean por los rincones*).

JUANJO: (*Pretendiendo serenar a don Quijote con un par de toquecitos en los hombros y un tanto desorientado*). ¿Y ahora... qué le pasa? ¡Tranquilícese, hombre! ¡No llore!

DON QUIJOTE: (*Abochornado y moqueante, mientras amansa el berrinche*). No nacen estas lágrimas de capricho ni de rabia, sino de dolor. (*Aleccionador*). Sábete, amigo Juanjo, que tres motivos autorizan el lloro al varón prudente: haber pecado, alcanzar perdón y estar celoso. Las demás lágrimas desmerecen en un rostro grave.

JUANJO: (*Reposando su rabel desfallecido al lado del de don Quijote*). ¡No me diga que a estas alturas se cela de Dulcinea?

DON QUIJOTE: (*Tajante*). No, pesia a mis males, ni lo quiera Dios, que la dura lanza de los celos destroza cuantas

almas penetra. (*Tras achantar la mui durante unos segundos, durante los cuales supervisa que nadie los observe. Con semblante preocupado y al escuchar*). Mi lamento lo engendra el saberme subyugado por inconfesables apetitos y el deseo de que me sea perdonado desliz tan contrario al proceder de los auténticos caballeros.

ANGELINA: (*Entrando en trance chafardero por el exceso de alcohol, con los ojos en candelillas y secreteando*). Hasta el piso que me quiere arreglar y poner el asqueroso.

NATALIA: (*Alharaquienta y totalmente fuera de juego*). ¿Quién?

ANGELINA: (*Apuntando a don Quijote, que rechaza las muestras de consuelo que le prodiga Juanjo. Biliosa*). Ese loco. Antes me meto a rabiza que con él.

NATALIA: (*Con cara y voz de no comprender*). ¿A qué?

ANGELINA: (*Importunada*). A rabiza (*Silencio reflexivo durante el cual se percata de que Natalia sigue en ayunas. Antipática*). ¡A puta, coño, a puta!, que mucho estudiar pero no cazáis ni una al vuelo. Pues eso, que antes me tiro al arroyo que aceptar los ofrecimientos de ese risión (*Ante las muestras de incredulidad y choteo de su interlocutora afecta gran gravedad y se pone melodramática. A la húmeda se le pierden las palabras entre los dientes y las expulsa cada vez con mayor dificultad*). ¡Que me muera aquí mismo si miento! Si hubiera vivido mi Rafa aquí ya había habido sangre.



NATALIA: (*Aparentando interés con no poco esfuerzo*). ¿Su marido?

ANGELINA: (*Tumbándose en el sillón a ver dar vueltas la habitación. De vez en cuando sufre sofocos, regurgitaciones y alguna que otra basca*). No, qué va... ¡Mi amante! Mi marido no podía. Al pobre le faltaba... (*silencio cómplice y picarón*) ya sabes...el aparato. Se lo destrozó en la mili la metralla de una granada. Nos casamos con las cosas claras desde el principio. “Mira, me dijo, conmigo no te va a faltar nada más que la cama, pero entenderé que la busques por otro lado.” ¡Normal!, ¿verdad usted? ¡Menudo era para estas cosas mi Rafa! A uno lo rajó a la puerta de Pasapoga por lanzarme un piropo. El guapetona le costó una puñalada al atrevido y a él unos meses en Carabanchel. No sé cuántos miles de pesetas de indemnización le pagó por dejarle cojo.

(Mientras Angelina perora Juanjo ha convencido a don Quijote con inaudibles argumentos para que se levante. Juntos recorren la habitación, prestando especial atención a la televisión y a la pantalla del fondo, a cuyos pies se sientan en las sillas de ruedas. El joven ha tomado el mando a distancia y le explica al asolado caballero su funcionamiento. Lo propio hace con el ordenador. Reaparecen las modelos luciendo sus palmitos en plan fashion total. Los perritos falderos no se les despegan y don Quijote aparenta un alunamiento más desmedido que nunca).

NATALIA: (*Irónica*). ¡Vaya! ¿Un poco violento su Rafa, no?

ANGELINA: (*Muy pesarosa*). Eso sí. Se le iba la mano a la mínima, pero me protegía. Me sentía segura. (*Como si*

un diablo se le hubiese aposentado en sus ojos, atentos a los pasos de don Quijote y Juanjo). No como ahora, que desde que vive ese anormal con vosotros me muero de miedo. Lo mismo me viola, o me desgracia a una perrilla, que a estos desesperados lo mismo les da.

NATALIA: *(Aupándose a hurtadillas en el sillón a comunicarle disimuladamente a Juanjo con miradas y gestos sus deseos de despedir a la vieja. Bostezante, impasible y harta). Mujer, a esos extremos no llegará...*

ANGELINA: *(Vociferadora, aunque no tanto como para ser escuchada por el aludido, entretenido con las explicaciones de Juanjo y con los contoneos de las mozas andarinas). ¿Que no? ¡Y a más! ¡Gracia del Cielo si no nos despacha a todos con la espada! (Levantándose tambaleante y dando un grito al reparar en la calavera de Cervantes, que toma tras santiguarse. Contemplándola espantada). Como a este pobre. ¡Santo Dios! Hay que avisar a la policía.*

NATALIA: *(Quitándole la reliquia de las manos y colocándola en su lugar con respeto). Ande, ande, déjese de tonterías. (Nerviosa). Me la compré porque me encanta aprenderme los huesos y esas cosas. Si me da la nota estudiaré Enfermería el próximo curso.*

ANGELINA: *(Interrumpiéndola). ¡Ah! Siendo así... Pero, a ver, niña, ¿para qué quiere una espada? (Con ademán de cogerla, malogrado por Natalia). Imagínate, y es un decir, que vas a mi casa y ves un hacha. ¿Para qué la quiero si no corto leña? (Tirándose sobre el sillón, consciente de que se le van la cabeza y las piernas). Todavía en el pueblo, vale, o*

antes, que había cocinas de carbón, ¡pero ahora, y en la ciudad! O una tridente, como mi cuñado, que la guardaba en el armario. “Recuerdo de mi abuelo,” explicaba el muy cabrón. “¡No te fíes!, le previne a mi hermana, que el Ramón pierde la chaveta por momentos”. Si quería un recuerdo que se hubiera traído unas zapatillas, un pijama o un mechero... ¡Hasta que un día le dio un arrebato y se la clavó en las entrañas!

NATALIA: (*Espeluznada*). ¿La mató?

ANGELINA: (*Muy lúgubre*). Peor que a una alimaña. Yo no sé la de veces que le espetó los pinchos. Por casa guardo el papel de la autopsia con el número exacto.

JUANJO: (*Que se ha perdido durante un momento tras una de las puertas de la derecha y ha reaparecido con una bolsa de plástico y un mini, del que beborrotea. Ante Angelina, mostrándole una botella envuelta en papel de periódico y una caja de surtido cuétara*). Esto me lo dejó para usted el otro día mi madre porque subió y no la encontró. ¡Como sabe lo que le gusta la Quina Santa Catalina y las pastas! (*Muy amablemente le entrega los presentes y la ayuda a levantarse*).

ANGELINA: (*Roncera, pero resignada ante la evidencia de que la echan, toma el portante con gran dificultad y serpentea como puede. Eufórica*). ¡Huy!, pues de miedo que me vienen, porque ya no me quedaban. Muchas gracias. A media mañana me tomo siempre una copita, o dos, con unas galletitas y se me despierta el apetito. (*Se para y silba a los perreznos, medio dormidos a los pies del Caballero. Consternada*). Ay, tu pobre madre. Siempre tan atenta. Esa sí que lleva ganado

el cielo con lo que sufre. (*Reiniciando la marcha escoltada por Juanjo*). Y no es que tu padre sea mala persona, no, que te lo digo yo, pero al jodido le pierde el mal beber. Ahora, que es porque quiere, que bien le aconsejo yo a tu madre que se venga a vivir aquí o que se largue a un pisito de esos que salen por la tele en donde acogen mujeres maltratadas. Antes no había eso, no, ¡qué va! Antes: ¡ajo y agua! (*Desde el quicio de la puerta, que le ha abierto Juanjo, y tras dar un par de palmadas, que ahora, sí, despiertan y ponen en movimiento a sus bestezuelas*). ¡Vamos, vamos, dormilonas, a casita!

(*Los caniches se deshacen en zalamerías delante de la anciana y el forzado anfitrión cierra la puerta en cuanto esta la atraviesa, como temiendo que se arrepienta. Se dirige hacia Natalia, que resopla liberada, y se echan cansados en el sillón a compartir el mini y a prepararse un canuto relajante. Don Quijote toquetea receloso en el teclado del ordenador y acciona accidentalmente el reproductor de cedé; suena: "Planeta eskoria" de SKA-P. Por obra y gracia de la casualidad las imágenes glamurosas de jovencitas meneando el culillo se sustituyen por un pase de desesperantes cuadros del mundo contemporáneo: hambre en África, niñas prostitutas, destrucción de las torres gemelas, trenes de la muerte, guerras de Afganistán, Irak, guerrilleros colombianos, intervenciones israelíes en territorios ocupados, atentados palestinos... Don Quijote, desquiciado, se levanta, coge su espada y, con ella en mano, manifiesta su indignación frente a la pantalla, contra la que arremete subiéndose en el tablero del fondo de la escena. Sus jóvenes amigos se miran con disgusto, mientras dan buena cuenta del chuflo y de la bebienda. Al finalizar la proyección se va componiendo un collage de imágenes infames, que queda fijo durante un rato y que se sustituirá por otros a lo largo de este flipe*).



DON QUIJOTE: (*Bajándose al suelo y tirando estocadas sin parar. Montaraz*). ¡Malditos encantadores de Satanás! Primero agujonean mis antojos con cuerpos apetecibles y me desatan los apetitos carnales para después torturarme con humillaciones y desafueros que no me permiten castigar. (*De rodillas y con la mirada y los brazos puestos en lo Alto. Cual nuevo Job desconcertado por el silencio del Todopoderoso*). ¡Oh, Dios, Dios, devuélveme al otro mundo pues este anda tan corrompido que más lo estimo poblado por diablos que por hombres!

NATALIA: (*Levantándose con dificultad, se acerca a don Quijote, al que serena con afectivas palmaditas y caricias en los hombros. Con suavidad explicativa y lengua tarda*). Son meras imágenes, representaciones de la realidad. Tranquilícese y no se ralle.

DON QUIJOTE: (*Impotente, arroja la espada al suelo. Con aire lastimero*). Ni me rallo ni me desmigo, pero desmenuzaría a todos los canallas de vuestro miserable mundo. ¡Meras imágenes? ¡Representaciones de la realidad? ¡Pero realidades del sufrimiento humano! ¡Tan verdad como que no me queda gota de sangre en el cuerpo ni esperanza en el alma! (*Acongojadísimo*). ¡Válgame el Cielo! ¡Y a tal cúmulo de maldades llamáis sociedad del bienestar?

NATALIA: (*Lo abraza y lo acompaña cabizbaja y tambaleante hasta el sillón, donde se sientan junto a Juanjo, de cuya mano toma el mini, que pasa a don Quijote tras darle un sorbo. Con escaso convencimiento y dificultad articulatoria*). También disfrutamos de cosas buenas. ¡Pruebe!

JUANJO: (*Semitumbado y echando una bocanada de humo tan lenta como sus palabras*). Del malestar, sociedad del puto malestar, don Quijote. Se le quita a uno de la cocorota con unas cuantas caladitas y unos tragos. ¡Fumemos, bebamos y vivamos! (*Ofreciéndole el candongo*).

DON QUIJOTE: (*Tras aceptar el mini de Natalia y rechazar el macandilio, huele el contenido del vaso con repugnancia, se lo lleva a los labios cachazudo, le pega un trago y lo escupe con tanto disgusto como regocijo de sus amigos, sobre los que rocía el resto de la bebida. Defraudado*). ¿Qué veneno me dais? ¿Preciso un purgante, malnacidos? (*Se levanta y los observa paseando a su alrededor. Tenso*). Vosotros no tomáis vino, sino que él os toma a vosotros. Apartaos de mí, postulantes de Baco, que me oléis a borrachuzos ahumados, me amoscan vuestras risas flojas y no me apetece descalabraros. (*Circunspecto*). Mirad que me conozco.

NATALIA: (*Poniéndose de pie con dificultad y situándose frente a don Quijote. Con voz tropezona*). ¡No me joda! Mire cómo me ha puesto. Y encima ha desaprovechado el calimocho. (*Macilenta*). Con lo bien que entraba tan fresquito.

DON QUIJOTE: (*Ayudándola a sentarse. Rectificador*). ¡Vulgar vinazo de Valdepeñas con no sé qué lenitivo burbujeante! (*Con orgullo y un punto de malicia*). Soy buen mojón y distingo los orígenes, los sabores y hasta los años de los vinos, que por algo los manchegos arrimamos los morros a las pellejas tan pronto como nos los separan de la tetas maternas.

NATALIA: (*Tirándose en el sillón bastante vencida y con dicción zaragutera*). Todo lo vulgar que quiera, pero la

pillas y te echas unas risas, que de eso se trata. ¡O no?

DON QUIJOTE: (*Paseándose por la habitación con porte de venerable caballero. Predicador*). Se trata de disfrutar, no de azumbrarse. Beber es un arte y no es buen bebedor el que más traga, sino el que saborea poco, bueno y bien. Hay que ser templado en el beber, considerando que el exceso de vino trastorna los más vivos entendimientos, borra las obligaciones de la memoria, revela secretos inconfesables, incumple palabras y desgobierna la voluntad. Mezclar bebidas sin ton ni son es hacer bellaquería al paladar, que debería educarse como se educa el oído para apreciar la buena música.

JUANJO: (*Se incorpora carcajeante, pega una gran calada al macaflay y se lo mete entre los dientes a la calavera de Cervantes, a la que se queda mirando arrodillado, entre risotadas y palabras beudas*). ¡No veas qué risas! ¡Debuten, colega! Flípalos tú también. ¡Dejas que te arrebaten tus derechos porque te hayas cortado el pelo y la lengua?

NATALIA: (*Indignada*). Me da mal fario esa chola descarnada y ¿no se te ocurre otra gracia? Hala, todo para ti. ¡Eso querías, no?

JUANJO: (*Tirándose encima de ella y abrazándola*). Venga, tía, no te mosquees. ¡Vas a hacerle ascos a una fumata culta con Miguel de Cervantes Saavedra?

NATALIA: (*Apartándole, bastante alterada*). ¡Gilipollas!

JUANJO: (*Se levanta, le quita el porro a la calavera, le da*

una enorme calada y se dirige con andares oscilantes hasta don Quijote, al que se lo rula solícito). Fúmese, mi señor don Quijote, fúmese para olvidar que en el mundo no hay justicia, que triunfan la hipocresía y la mentira y que los hijos de puta se reproducen como ratas. Hala, pille la chusta y mátela.

DON QUIJOTE: (*Sosteniéndolo al darse cuenta de que un traspiés casi da con él en tierra. Malhumorado, mientras apaga la mora con gestos de malestar*). Esas cosas, amigo Juanjo, antes que olvidarlas conviene guardarlas en la memoria y recordarlas cada día.

NATALIA: (*Revolviéndose rezongona en el sillón*). ¡Para qué? ¡Para martirizarse? ¡No merece la pena!

DON QUIJOTE: (*Llevando a Juanjo casi a rastras hasta el sillón. Con lamentona cavilación y algún que otro resoplido*). Cuando el hombre arrincona las verdades dolorosas en las covachuelas de la conciencia se transforma en desmemoriado, de la desmemoria pasa fácilmente a la indolencia y de esta a la complicidad. Así se degrada la humanidad y se facilita el advenimiento de los tiranos.

NATALIA: (*Dejando sitio a Juanjo y afectando gran malestar, tanto físico como moral*). Pero la verdad duele y llega un momento en que resulta insufrible. Niños prostituidos, mujeres maltratadas, seres humanos vendidos, esclavizados, torturados, violados, asesinados...

DON QUIJOTE: (*Recoge la espada del suelo y la blande amenazador. Con seguridad de arengante*). ¡Hay que

terminar con esos agravios, enmendar todas las sinrazones y no tolerar ningún abuso! (*Se ciñe la espada. Reprobador*). Entumeciéndoos la razón con exceso de vapores lo que hacéis es idiotizaros y ya nos previno nuestro Quevedo que pueblo idiota es seguridad de tirano. (*Cínico*). Drogaos, drogaos todo lo que queráis, pero no os quejéis de lo que os encontréis al despertar. ¿No sabéis lo que les pasó a los hombres de Ulises en la isla de los lotófagos?

JUANJO: (*Confidentemente*). Mire, don Quijote, la verdad es que yo no leo ni las letras de las canciones. Hasta en inglés me las aprendo a fuerza de escucharlas, aunque no sepa lo que dicen. Mi cultura es exclusivamente audiovisual.

NATALIA: (*Con algarabía*). Cuente, cuente, no se corte. Fijo que es una historia chachi.

DON QUIJOTE: (*Sentándose en la mesita y jugueteando con la calavera*). Una vez que Ulises salió de Troya llegó con los suyos a la patria de los cíones, de donde se dirigieron a la tierra de los hombres lotófagos, que se alimentaban exclusivamente de flores. Cuando los heraldos del héroe se adentraron en sus tierras fueron invitados a comer flores del loto y, al punto, se olvidaron de todo, deseando tan sólo quedarse allí. Tuvo que llevárselos por la fuerza, atarlos a los bancos del barco y zarpar rápidamente, pues temía que el resto de la tripulación probara tal droga y jamás regresaran a Ítaca.

NATALIA: (*La mar de risueña*). ¡Vaya tropa! O sea, que se pasaban la vida colgados, pegándole a las flores. Para que luego digan de la juventud de ahora.

JUANJO: (*Muy colocado*). ¡Qué guapo!, ¿no? Mira, me gusta la idea de esa peña. ¿Y si los imitamos y nos dedicamos a pegarle a la hierba todo el día? Nos apodarían los herbitófagos. ¡Me parto el culo! (*A duras penas se levanta y se dirige hasta una de las ventanas, de donde toma un par de flores de los maceteros y se las come sin dejar de carcajearse*). Me voy a entrenar. ¡A comer flores, colega!

DON QUIJOTE: (*Se encamina hacia una de las puertas de la derecha, por la que desaparece enfurecido*). ¡Mentecatos!

JUANJO: (*Imitando malamente y con mofa ebria la voz y los gestos de don Quijote*). ¡Mentecatos! (*Tras apagar la luz, se dirige tambaleante al sillón, tenuemente iluminado. Se tira sobre Natalia, con la que se revuelca entre carcajeo, risitas, gritillos y algún que otro suspiro. Tras un rato, se duermen, se hace el silencio y reina la tranquilidad. Decrece la luz hasta hacerse un oscuro con resplandores de la farola de la calle, desde la que poco a poco penetra la luz del nuevo día por los ventanales hasta inundarlo todo con su brillo. Cachiporrazos en la puerta de entrada, cada vez más fuertes. Juanjo y Natalia, entregados a los brazos de Morfeo, lanzan como respuesta algunos gruñidos adormilados. Redoblan los porrazos, que provocan la reaparición de don Quijote. Visiblemente fastidiado, se dirige a la puerta; al abrirla, se cuela llorando y muy asustada una mujer de unos cincuenta años, que se tapa la cara con las manos ensangrentadas y quizá también sus miserias, sus frustraciones, sus angustias, sus sufrimientos, sus miedos*).

DON QUIJOTE: (*Cierra la puerta y observa a la mujer, que se queda yerta y temblante ante él, sin apartarse las manos de*



la cara. Sobre cogido). ¡Válgame el Cielo! Decidme, decidme presto quién os puso de esta guisa.

JUANA: *(Al escuchar a don Quijote retira las manos de su cara y al tropezarse con su rostro grita y corre histéricamente por toda la habitación, seguida por el Andante, que intenta calmarla inútilmente). ¡Juanjo! ¡Juanjo!*

JUANJO: *(Se despierta, se levanta sobresaltado y se abraza a la mujer, ante las miradas estupefactas de don Quijote y de Natalia que, despavorida, se pone en pie adormilada. Con voz sonámbula). ¡Mamá! ¡Tranquila! (Apartándola para verle la cara, mientras los rodean don Quijote y Natalia). ¿Qué te ha pasado?*

JUANA: *(Gimoteando). ¡Tu padre!*

JUANJO: *(Estrechándola contra su pecho. Llorosamente). Un día te mata. Ya te recomendé que no retiraras la denuncia y que le abandonaras. No nos faltará qué comer, mamá.*

(Todos los circunstantes se estremecen ante los retumbones trancazos con los que alguien castiga la puerta, ante la que se planta don Quijote espada en mano. Juanjo se separa de su madre, le hace señas a Natalia y ambas se esconden tras una de las puertas de la derecha de la estancia. Don Quijote le presta su pistola. Empuñándola tan amotazado como amodorrado, abre la puerta de la calle, no sin antes mirar por la ventana. Entra amenazador y rabioso un cincuentón chandalero; blande una estaca en la mano derecha y con la izquierda arrastra un carro de la compra. Al verse encañonado por Juanjo y amenazado por la espada quijotil se achanta y se

queda paralizado ante ellos).

JOSÉ: (*Guarda la tranca en el carrito. Escudriñando y aparentando calma*). ¡Por fin di con la choza donde te escondes! Sé que tu madre se ha metido aquí. La he visto entrar. (*Déspota*). Así que, dile que salga, que la acompañó al mercado para no quedarnos sin compra todo el fin de semana. ¡Para que veas! Y luego me calumnia con que no la ayudo en nada, con que la insulto y la pego. (*Con repugnancia*). ¡Mujeres!

DON QUIJOTE: (*Encrespado*). Sin vida es con lo que quedarás si no tomas las de Villadiego. (*Empujándolo*). ¡Largo de aquí, mala bestia, antes de que me arrepienta y te mande de ronda con los diablos mayores!

JOSÉ: (*Dirigiéndose a su hijo, sin prestar atención a don Quijote. Con exceso de menosprecio*). ¿Quién le ha dado vela en este entierro al imbécil este? Anda, dile, dile que se meta la lengua en el culo y que nos deje solucionar nuestros problemas.

JUANJO: (*Sin dejar de encañonarlo. Poco contundente*). Ya lo has oído. ¡Largo!

DON QUIJOTE: (*Poniéndole la espada en la barriga. Grandilocuente*). Cualquier atropello de la dignidad humana es asunto del resto del mundo. Al maltratar a esa mujer maltratas a toda la humanidad.

JOSÉ: (*Desconcertado*). ¡Pero si es mi mujer! ¿Me has oído? (*Recalcando con silabeo*). ¡Mi mujer! (*Babeando indignación*

machista). Me debe un respeto y lo menos que uno espera es la casa recogida y la mesa puesta cuando llega a casa y que no ande por ahí zascandileando y dándole a la lengua con otras marujonas. Aunque ahora pocas lo obedezcan, no le falta razón al dicho: “La mujer en casa y con la pata quebrada”. Si no te haces respetar se te suben a la chepa y luego no las bajas ni a garrotazos. Mira los moros. Esos sí que lo entienden bien.

DON QUIJOTE: (*Inflamado*). ¡Ni que fuera de tu propiedad! Sábete que no somos de nadie más que de Dios y de la Muerte y que un hombre no es más que una mujer. Tan alma es la del varón como la de la varona y de la misma libertad nos dotó la Divina Providencia a todos. No debe, pues, someterse ningún ser humano, hombre o mujer, blanco o negro, menor o mayor de edad, a otra voluntad más que a la suya.

JOSÉ: (*Mirando de arriba abajo a don Quijote con desprecio*). ¡Y una polla como una olla! ¿Pero qué muerte, ni alma, ni providencia, menguado de los cojones? (*Patidifuso ante las pintas del caballero*). Además... (*Hilarante*). ¿De dónde sales así? Vamos, vamos, ¡no me jodas! ¡Pues anda que no hace meses que pasaron los Carnavales!

DON QUIJOTE: (*Con serenidad forzada y recorriéndole el cuerpo ultrajante con la punta de su espada*). Tú sí que eres menguado. Entérate: salí del coño de la mala puta que te parió. (*Dándole una patada entre las piernas, que le hace ver las estrellas y besar el suelo*). No respondo a tus ofensas como mereces porque eres el padre de Juanjo, no quiero dejarlo huérfano y prefiero ejercitar contigo la bondad, la

compasión y el perdón como nos mandó Nuestro Señor Jesucristo.

JOSÉ: (*Retorciéndose de dolor con las manos entre las piernas dobladas*). ¡Pues bonita manera, cabrón! ¡Anda y que te den! (*Para sí mismo*). Lo mato, por mis muertos que lo mato.

JUANJO: (*Gritando*). ¡Largo!

JOSÉ: (*Sentándose y con la cara desencajada. Soberbio*). ¿No te atreverás a seguir hablándome así?

JUANJO: (*Vacilante*). Y a otras muchas cosas. **JOSÉ.** (*De pie. Imperioso*). ¡Soy tu padre!

JUANJO: (*Virulento*). ¿Mi padre? Nunca reconocí en ti más que a un verdugo. No te engañes. No pasas de inseminador casual de una mujer traicionada. ¿Nos diste algo más que tundas, insultos e infelicidad?

JOSÉ: (*Evasivo*). A veces me confunden los celos y el vino, pero, a mi manera, os quiero. Quien bien te quiere te hará llorar.

JUANJO: (*Con firmeza*). ¡No! Te ciegan la maldad, el odio, el machismo, la prepotencia, la canallería... ¿Querer? ¡Sólo te quieres a ti mismo! Y como refrán cuadra mucho mejor al caso el de que a todo cerdo le llega su sanmartín. ¡Huye o no respondo!

JOSÉ: (*Provocador y encolerizado*). Te faltan agallas. ¡Que se va a hacer! A otros les nacen tontos. A mí me salió un cacho



de carne con ojos de maricona. ¡Amenazas a mí! ¿Pretendes darme miedo? ¿Olvidas que serví en la legión? (*Forcejeando*). Dame esa pistola o te inflo a hostias.

(En la brega se disparan fortuitamente un par de tiros, con tan mala fortuna que alcanzan en un pie a José, que se tira al suelo lanzando alaridos y sin dejar de mirar a su hijo con ojos parricidas. Gritos en la habitación donde se esconden Natalia y Juana. Quejidos perrunos en el piso de arriba).

JUANJO: *(Con tembladera y voz entrecortada y tronpicona).* Largo, papá. Vete, por favor. No consentiré que nos hagas más daño. Se acabó. ¡Bórrate! *(Pega un par de tiros al aire antes de colocarle el cañón en la frente y mirarlo fijamente con una mezcla de piedad y melancolía, mientras solloza. Aullidos).*

JOSÉ: *(Se levanta y se larga cojeando con porte dolorido, lanzándole miradas asesinas. Despiadadamente).* Siempre fuisteis una mierda. Cualquier día salimos en los telediarios, vaya si salimos, porque voy a mataros a los dos, bueno, a los tres, porque también me llevo por delante a ese mamarracho, ¡vaya si me lo llevo!, que seguro que se folla a tu madre y a ti te da por culo. ¡Reírse de mí un niñato, un matusalén soplapollas y una mujer? ¡Vamos anda, hasta ahí podíamos llegar!

(José desaparece de escena, Juanjo, rendido, tira la pistola al suelo y se ovilla llorando en el sillón ante la mirada compasiva de don Quijote, que lo consuela. En medio del jaleo no reparan en que la puerta ha quedado abierta; ante ella reaparece José, que saca del carrito de la compra una escopeta, con la

que dispara varios tiros antes de salir renqueando. Juanjo permanece como en estado catatónico. Por una de las puertas de la derecha asoman las caras aterrorizadas de Natalia y de Juana. Don Quijote se lanza tras el huido con empaque de caballero justiciero. Entra Angelina, hacha en mano y vociferante, precedida de su escandalosa seudojauría, con la que se esconde junto a la mujerada. Nuevos tiros y voces de dolor en off de José al ser acuchillado por don Quijote que, al momento, regresa con pasos cansinos, mirada delirante y la espada ensangrentada entre sus manos. Cierra la puerta y permanece durante algunos segundos transido. Natalia sale de la habitación con una barra de hierro en sus manos, cierra rápidamente la puerta de la calle, mira por la ventana, tira la barra al suelo y se planta al lado de don Quijote, al que contempla absorta. Juana corre hasta su hijo, al que agita creyéndolo muerto y se abraza a él. Angelina hace guardia tras el sillón con su arma y los guaus vetean inquietos la desgracia).

DON QUIJOTE: (*Exculpatorio*). Es oficio de caballero retar o combatir al traidor, pacificar a los hombres por la fuerza de las armas y gran servicio a Dios y a la humanidad quitar la mala simiente de la faz de la tierra. (*Dubitativo*). *¿O no? (De rodillas y suplicante con la espada en alto). ¡Ay, Dios mío! ¿Quizá en este peligro no he sido señor de mí mismo sino de mi ira y he usado con exceso la violencia? Dudo, dudo si lo he matado en defensa propia o con ensañamiento.*

NATALIA: (*Mientras mira horrorizada por la ventana*). Mover no se mueve. Para mí que lo ha destripado.

ANGELINA: (*Que se ha acercado hasta Natalia a ventanear, escoltada por su perrería y fortificada por el hacha. Impertérrita y avizorando al vengador*). ¡Tan difunto como mi padre, no lo dudes! No hay más que verlo.

NATALIA: (*Paralizada*). Igual sí, porque no se revuelve ni poco ni mucho

ANGELINA: (*Segura*). ¡Si no le queda sangre ni para un análisis! Sólo de milagro sobreviviría a semejante escabechina.

NATALIA: (*A don Quijote, indignadísima*). Se ha pasado, hombre, claro que se ha pasado. ¿No podía haberlo dejado grogui de un leñazo hasta que llegara la policía o malherirlo un poco para escarmentarlo? No está bien matar a nadie. La muerte no es solución.

ANGELINA: (*A Natalia, desagradable*). ¡Te lo avisé! ¿O no? ¿Reventaba o no reventaba por hacer sangre con la espada? (*Hinchada*). A mí no se me despinta un criminal.

DON QUIJOTE: (*Pasa la mano derecha por la hoja de su tizona, tiñéndosela de sangre, y la tira lejos de sí. Mirándose las manos muy compungido*). ¿Me habré convertido en homicida en vez de en caballero justiciero? La venganza desproporcionada siempre fue enemiga de la justicia, que en su rigor debe castigar el delito pero no al delincuente (*Deprecatorio*). Padre, perdóname porque no sé lo que me hago. (*Se levanta y acompaña a Natalia y a Angelina en sus indagaciones ventaniles*).

JUANA: *(Con Juanjo, que no reacciona, en su regazo. Suspirando, llorando y consolada por Angelina, que rehuye la cercanía de don Quijote como alma que lleva el diablo).* ¡Ay, ay, Jesús! Que todo el castigo recaiga sobre mí por venir aquí. ¡Ay, madre mía! ¡Juanjo, hijo! ¿Qué tienes? ¡No te me vayas tú también! ¡José muerto! ¡Pobre desgraciado! Ahora ya no hay remedio. ¡Acabar así! Tampoco era para matarle. Al fin y al cabo, sólo me pegaba un poco algún que otro día entre semana o cuando perdía el Madrid.

NATALIA: *(Mirando con lástima a Juana. A don Quijote).* La infeliz todavía se echa las culpas y le quita importancia a las palizas que recibía. Quizá haya hecho usted bien, no lo sé, porque hay qué ver cómo destruyen a las mujeres estos bichos. Si la Justicia no los castiga alguien tendrá que hacerlo. A lo mejor... *(Dirigiéndose al sillón, donde abraza a Juana y consuela a Juanjo, que continúa en su ovillamiento silencioso y temblequeante. Espantada de sus propios pensamientos).* ¿Qué me digo? ¡De ninguna manera! Justificar la violencia equivaldría a reconocer el triunfo de estos terroristas domésticos. Bastaría con que se les persiguiera y se pudrieran en la cárcel.

DON QUIJOTE: *(Con gesticulación, movimientos y palabra muy enfáticos).* Hasta Cristo tomó el látigo para expulsar a los mercaderes del templo. Cuando la injusticia, la corrupción, la tortura, el fraude, el engaño, el cohecho, la malicia... se aposentan en los corazones de los seres humanos o en sus repúblicas el uso de la fuerza resulta justificado para restituir la paz, la ley, el orden y la seguridad. A todo hombre y a toda sociedad le asiste el derecho a defenderse contra la perversidad y la opresión.

Conviene no olvidar que existen la legítima defensa y las guerras justas.

JUANJO: (*saliendo de su ensimismamiento. Con convicción, aunque con voz débil*). ¡Y el pacifismo! No, don Quijote, no, nunca, nunca la violencia ni la guerra. Nos embrutecen, nos anulan, nos destruyen. La paz, siempre la paz y la no violencia. (*Se levanta torpemente y se acerca con aprensión hasta la ventana*). Yo, que he sufrido buenas sobas, insultos, menoscabos desde pequeño, no le deseo lo mismo ni a mi torturador. Quienes de verdad defendemos la paz, no aceptamos ninguna forma de violencia.

DON QUIJOTE: (*Colocándose junto a él y llevándole la mano izquierda al hombro, mientras miran juntos por detrás de los cristales. Paternalista*). Eso habla muy a favor de tu corazón generoso, pero tal dadivosidad no es exigible a todos los mortales. Tú mismo lo acabas de experimentar. ¿U olvidas tan presto que encañonaste a tu padre? Por eso existimos los caballeros andantes. ¿Quién velaría si no por la justicia, la seguridad y la paz en el mundo?

NATALIA: (*Aparte. Punzante*). Pues vamos dados, pero tope dados con cascós azules como tú.

JUANJO: (*Esperanzado*) Habrá que buscar otras formas. Para eso tenemos la cabeza. Los toros, los ciervos, los cabrones la utilizan para embestir; los humanos deberíamos hacerlo para construir un mundo más justo. A pesar de todo, somos hombres. ¿O No?

DON QUIJOTE: (*Enmendador*). Sí, pero conservamos algo de

brutos depredadores que a veces se ven forzados a practicar el mal para obtener un bien.

JUANJO: (*Indignado*) ¿Cómo el mal va a engendrar un bien? ¿No se da cuenta de que es una contradicción?

DON QUIJOTE: (*Sufrido*) ¿Y qué somos los hombres mas que contradicciones?

JUANJO: (*Desde el ventanal, con una mezcla de estupefacción y contento*). ¡Se mueve!

DON QUIJOTE: (*Incrédulo*). Sí, se mueve.

ANGELINA: (*Chusca*). ¡Que ha de moverse! En todo caso, las convulsiones que siguen muchas veces al tránsito al otro mundo. También corren los gallos y las gallinas si los sueltas cuando les cortas la cabeza y ya ves tú lo vivos que van. O alguno de los diablos que llevaba dentro y que se resiste a marcharse.

JUANA: (*Agotada*). ¡Gracias a Dios!

(Don Quijote y Juanjo salen a la calle, mientras Natalia y Juana se levantan del sillón y se quedan esperando en la puerta. Traen a José inconsciente, hecho un cuajarón, y lo echan en el sillón, en torno al cual se quedan todos contemplándolo, mientras lo lamen los perros. A lo lejos ululan sirenas de coches-patrullas).

JUANJO: (*Llorando*). ¡Y que me dé pena este cabrón!



NATALIA: *(Abrazando a Juan).* Eres un cielo.

JUANA: *(Sentenciosa).* Nunca hay que desear mal a nadie por malo que sea, porque puede volverse contra una.

(Se modera la iluminación hasta quedar envuelto el cuadro del yacente en una consoladora luz cenital. De la puerta hacia adentro se irradian resplandores celestiales en los que flota una bella y jovencísima mujer vestida de novia, que lleva entre las manos una lanza, un ramo de azahar y las riendas del caballo blanco que la sigue. Música celestial. Chista un par de veces hasta que todos se percatan de su presencia).

DON QUIJOTE: *(Absorto, se separa del grupo seguido por una luz de esperanza. Con la mirada enamorada).* En ningunas otras acciones de la naturaleza se ven mejores milagros ni más continuos que en las del amor, que por ser tantos y tales milagros, se pasan en silencio y no se echan de ver en ellos por extraordinarios que sean. El amor junta los cetros con los cavados, la grandeza con la bajeza, hace posible lo imposible, iguala lo diferente y viene a ser poderoso como la muerte. ¡El amor es invencible! *(Camina hacia la bella misteriosa y la besa con un beso largo y profundo como un sueño, ante las miradas atónitas de todos los asistentes, realizadas por las luces sobre sus rostros. Tomando con una de sus manos a su enamorada y señalándola con la otra. Ufano).* La princesa Dulcinea del Toboso. Quedad con Dios y luchad siempre por la libertad, la justicia y la verdad.

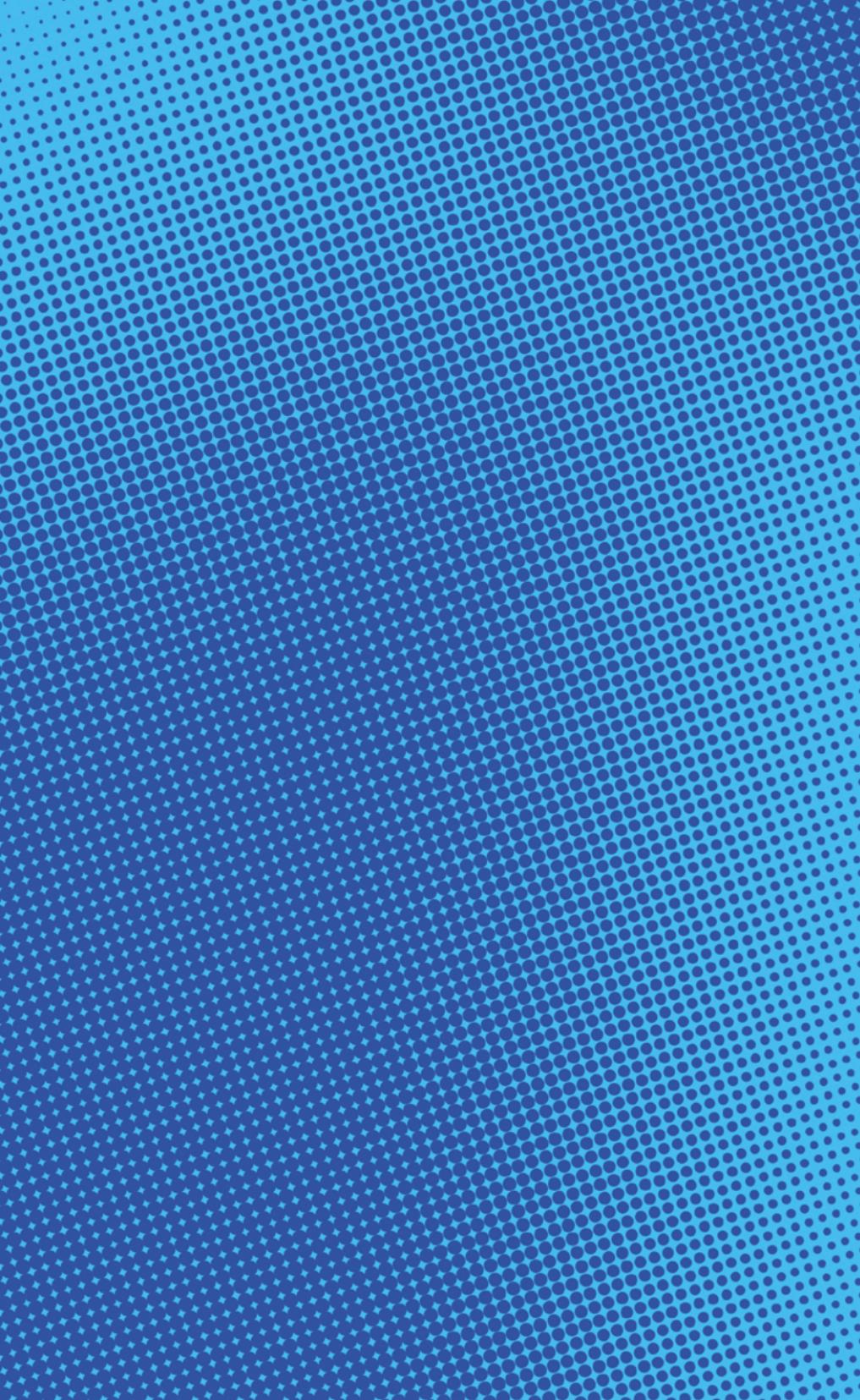
(Dulcinea y don Quijote salen de escena, seguidos por la luz maravillosa, que se pierde con ellos en las profundidades).

Se oye el relincho del caballo y el sonido de sus cascos alejándose al galope. Luces y pitidos de coches policiales sustituyen al clima de ensueño. Oscuro lento y TELÓN).

Madrid, primavera de 2004

SE ACABÓ DE EDITAR ESTE
LIBRO EL DÍA 12 DE MARZO DE
2007, ESTANDO AL CUIDADO
DE LA EDICIÓN EL SERVICIO
DE PUBLICACIONES DE LA
UNIVERSIDAD DE HUELVA





COLECCIÓN
MONTELUNA

CERTAMEN NACIONAL DE TEXTOS TEATRALES **MONTELUNA**



Universidad
de Huelva



Ayuntamiento
de **Cartaya**